

DOS BOMBEROS. UNA TRABAJADORA SOCIAL.
TRES VIDAS AL LÍMITE.

Una sola luz. ♡



AL
LÍMITE
DEL OCASO

ERINA ALCALÁ

AL LÍMITE DEL OCASO

(Erina Alcalá)

**A veces, las heridas más profundas,
son las que no pueden verse a simple vista.**

CAPÍTULO I

El traqueteo del tren y el reflejo del atardecer sobre la ventanilla eran lo único que acompañaban a Olga Blanco,(una chica de pelo negro, 165, y unos ojos verdes preciosos, atractiva sin ser consciente de ello, pues se arreglaba lo suficiente) mientras el paisaje de Andalucía se deslizaba ante sus ojos cerrados.

Dos maletas, un bolso. Un carpeta con sus títulos. Y veinticinco años de vida con cicatrices, que pesaban más que todo el equipaje junto.

Apoyó la frente sobre el cristal frío y dejó que los recuerdos la alcanzaran una vez más.

Su madre había muerto al traerla al mundo y, con ella, se había ido también la alegría de su padre.

Al principio solo era tristeza. Luego vino el alcohol. Después, la rabia contra el mundo y los golpes contra ella.

Antonio Blanco, albañil cuando había trabajo y borracho cuando no lo había, había criado a su hija entre gritos y silencios. El piso de Almería estaba pagado, y aquello al menos había sido el único golpe de suerte que habían tenido.

Desde los dieciséis años, Olga trabajaba por las tardes y los fines de semana en restaurantes de comida rápida para ayudar a mantener la casa mientras terminaba el instituto.

A esa edad creyó estar enamorada de Saúl, su refugio. Pero se quedó embarazada y pensó ingenuamente, que quizás la vida le regalaba algo bueno por primera vez.

Pero el mismo día que lo supo, su padre llegó borracho como tantas noches y los golpes acabaron con el bebé de casi tres meses de su vientre.

Saúl nunca llegó a saberlo.

Quizá fue mejor así.

...

Los dos años siguientes fueron una sucesión de miedo, golpes, moretones ocultos y noches eternas de miedo y lágrimas ocultas también, hasta que una madrugada, cuando Olga acababa de cumplir los dieciocho años, una motocicleta se cruzó en el camino de Antonio Blanco.

Su padre regresaba borracho a casa.

Y no regresó nunca.

Por primera vez, Olga se encontró sola.

Y por primera vez, también libre.

Trabajó.

Estudió.

Encadenó becas.

Terminó Trabajo Social y después un máster.

Nadie le regaló nada.

Nadie la esperó a la salida de la Universidad.

Nadie la abrazó cuando recibió el título en la graduación.

Había aprendido a vivir con la soledad.

Los últimos dos años había trabajado en una residencia de mayores, sustituyendo una baja por maternidad que se alargó. Y cuando aquél contrato terminó, se encontró con veinticinco años.

Sin pareja.

Sin amigos de verdad.

Y sin ninguna razón para quedarse en Almería, que la agobiaba.

Así, que una noche extendió un mapa de Andalucía sobre la mesa. Porque de lo que estaba segura era de quedarse en esa comunidad autónoma.

Cerró los ojos.

Cogió un lápiz.

Y pinchó después de dar unos cuantos rodeos.

-Sevilla- susurró al abrirlos.

Vendió el piso. Y lo metió en la cuenta donde tenía el seguro de la muerte de su padre y los ahorros de esos dos años de trabajo, y sin pensarlo demasiado, compró un billete de tren.

Porque, cuando no tienes nada, tampoco tienes nada que perder.

Abrió los ojos.

El sol comenzaba a esconderse tras las montañas y las luces del interior del vagón empezaban a reflejarse en la ventana.

Sonrió apenas.

Una sonrisa triste.

Una sonrisa cansada.

Y entonces por primera vez en tantas horas de viaje y una parada en Granada, donde el tren hizo transbordo, y tuvo que cambiar de tren, una punzada aguda le atravesó el abdomen.

-No ahora...- murmuró, llevándose la mano al vientre.

La punzada se repitió.

Mas fuerte.

Olga frunció el ceño.

No estaba enferma.

Nunca lo estaba.

Pero llevaba varias semanas mareándose por las mañanas y lo achacó al estrés, al cambio, a los nervios.

Miró por la ventanilla.

Faltaban apenas veinte minutos para llegar a Sevilla.

Y, por algún motivo que no supo explicar, un miedo desconocido empezó a abrirse paso en su pecho.

Como si la vida, una vez más estuviera a punto de sorprenderla.

El tren anunció por megafonía la próxima parada y Olga abrió los ojos.

-Próxima estación, Sevilla-Santa Justa.

Ya estaba.

No había vuelta atrás.

Apoyó la cabeza sobre el cristal y contempló como el sol de la primavera se deshacía lentamente en un cielo anaranjado y violeta.

Aquella hora del día, siempre le había parecido triste.

El Ocaso.

El final de algo.

El límite también.

Aunque aquella tarde, por primera vez en muchos años, ella quería creer que también podía ser el principio.

No llevaba demasiado equipaje. Todo lo había dejado atrás.

Incluso la tumba de sus padres.

Sacó el móvil por inercia.

No había mensajes.

Nadie la esperaba a su llegada.

Sonrió con amargura..

-Bueno Olga- susurró mientras la gente iba saliendo- parece que empezamos de cero.

Tomó aire, se levantó, tomó su equipaje y al salir, el olor a azahar la inundó. Tomó un taxi hasta el hostel céntrico que había reservado cerca de la estación de autobuses, Plaza de Armas.

CAPÍTULO II

Tres días después de llegar Olga a Sevilla, descansar y pasear, comprarse ropa, ir a la peluquería y cambiar su aspecto y algún perfume caro que se permitió, ya conocía media ciudad y le encantaba. Cambiar de aires fue acertado, siempre y cuando encontrara trabajo y un piso de alquiler o comprado pequeño.

Había caminado por Triana, por el centro, por Nervión y por calles cuyo nombre no recordaba. Había dejado currículums en residencias, centros de día y asociaciones.

También había entregado alguno en cafeterías, por si las cosas se ponían difíciles.

Aquella mañana, mientras desayunaba sola en una pequeña cafetería, vio un anuncio en internet.

Se busca persona interna. Trabajador social o auxiliar.

Acompañamiento y apoyo a un hombre de 32 años en recuperación de lesión medular.

Buen sueldo.

Olga dudó. No era exactamente lo que buscaba. Interna menos, pero el chico era joven, y necesitaba trabajar.

Llamó.

Dos horas después se encontraba sentada frente a Manuel y Carmen Casado, un matrimonio de unos sesenta años, agotados pero amables.

-Nuestro hijo era bombero- explicó Carmen.- diez años llevaba. Hace dos sufrió un accidente. Los médicos dicen que recuperará la movilidad totalmente y eso hace que tuviera mucha suerte dentro de lo que cabe, pero aún le queda mucho trabajo. Es terco como una mula y tiene muy mal carácter.

- Y nosotros estamos agotados- añadió Manuel- Necesitamos a alguien que lo lleve a fisioterapia, a que haga los ejercicios, lo acompañe al gimnasio, lo

saque de paseo, la medicación, lo lleve al medico cuando corresponda y se encargue de la casa, aseo, comidas... y que lo soporte.

Olga sonrió por primera vez en varios días.

-No parece fácil.

-No lo es- respondió Carmen. Solo será un año, poco más. Pero es un buen chico. Solo que está enfadado con el mundo. Sabemos que es mucho, pero el sueldo es muy bueno, 2000 euros, cama y comida incluida.

Los padres se miraron entre ellos.

La muchacha les gustó desde el primer momento.

Tranquila.

Educada.

Trabajadora, aparentemente.

Y con una tristeza en los ojos que ninguno supo explicar.

...

Aquella misma tarde la llevaron al piso de Fernando.

Con treinta y dos años Fernando Casado seguía siendo un hombre impresionante.

Metro ochenta y seis.

Moreno.

Ojos castaños.

Anchos hombros que años de rehabilitación que no habían conseguido borrar.

Antes del accidente siempre había sido optimista, bromista y testarudo.

Ahora seguía siendo terco.

Pero el optimismo había desaparecido.

La silla de ruedas y los ejercicio interminables habían dado paso al mal humor.

Cuando vio entrar a sus padres con una desconocida, frunció el ceño.

-No.

-Fernando...

-He dicho que no.

-Necesitas ayuda.

-No necesito una niñera.

-Pues la tendrás- respondió Manuel, perdiendo por primera vez la paciencia.- O te vienes a casa con nosotros. Y esta vez con orden judicial si es necesario.

El silencio llenó el salón.

Fernando cerró los ojos.

Tenía treinta y dos años.

Llevaba dos años luchando.

Aunque le quedaba uno más de rehabilitación.

Y estaba cansado.

Muy cansado y dolorido.

Abrió los ojos y miró a Olga que permanecía junto a la puerta con sus manos entrelazadas.

-¿Y tú qué miras?

Olga acostumbrada a hombres peores que aquél, respondió con calma.

-Estoy intentando decidir si eres tan desagradable como pareces o estás teniendo un mal día.

Manuel y Carmen, abrieron los ojos.

Fernando observó sorprendido.

Y, por primera vez en mucho tiempo, estuvo a punto de sonreír.

-Va a ser un infierno- murmuró.

-Eso está por ver- contestó ella.

Y ninguno de los dos podía imaginar que aquel encuentro cambiaría sus vidas para siempre.

...

-Acepto el trabajo- dijo Olga- y a sus padres se le iluminaron los ojos- él los cerró dándose por vencido.

-Ven, le dijo la madre, te enseño todo.

El piso era grande. No comprendía para que un hombre solo se había comprado un piso de cuatro dormitorios y dos baños. Se ve que lo habían reformado hacía poco adaptándolo a las necesidades de Fernando.

-Mira este es tu dormitorio, frente a al suyo, tu baño, es más pequeño, tiene una ducha, peor está muy bien para ti. Está reformado todo el piso y nuevo y su parte, adaptada, ven.

-Su habitación era la más grande con un baño dentro y ampliadas las puertas. Agarradores en el baño y una silla dentro de la ducha para sentarse.

-Bien, dijo ella mirando todo. Hay que hacer una limpieza, la iré haciendo en momentos en que descanse.

-Gracias hija, ese es otro dormitorio al fondo, como no hay nadie, el baño es tuyo. Ahí tiene la ropa de bombero, todo. Y alguna ropa que no es de temporada. Y esta que da al salón es un despacho que tiene. El salón donde hemos estado y la cocina, la terraza, tiene tendedero.

-No se preocupe Carmen.

-En el dormitorio encima de la cómoda están los medicamentos, la lista de actividades, los días y horarios, cuándo debe ir al médico, le va dando la cita. Toma las llaves de la entrada de abajo, del piso y del garaje. De su coche, por si salís. Es un BMW negro. Bajas en ascensor y es la plaza 7C.

-Perfecto.

-Nosotros tenemos el dinero del seguro, te traeremos todos los meses en un sobre el dinero y el próximo día, el contrato.

-Gracias.

-Luego, él tiene una tarjeta para comprar. El resto lo tiene domiciliado todo. Comprar o tomar algo, ropa...

-Bien, voy a por mis cosas al hostel. Esta noche duermo aquí.

-Que te acompañe Manuel.

-Gracias.

-Cuando vengas, nos vamos. Y gracias, Olga, estamos ya muy saturados hija.

Casi una hora después había colocado sus cosas, algunas en el despacho, haciendo un hueco para ella, se dio una ducha y miró a ver qué hacía de comer. Como imaginaba, igual que la casa necesitaba un limpiado, la nevera un llenado.

Así que como no había sino un plátano maduro y dos huevos y era tarde... Hizo un pedido.

Fernando estaba tumbado en el sofá con los ojos cerrados, pero oía a ella de una lado a otro todo cuánto hacía.

-No hay nada para comer. Pedimos, quieres chino, hamburguesas, o qué.

-Lo que quieras.

-Voy a mirar chino. Pediré suficiente para esta noche y postres para el café. Mañana vemos qué tienes y salimos de compras. Limpiaré esa nevera esta tarde. Si es que hay algo para limpiar. Saca la tarjeta.

-Pide lo que quieras. en ese cajón de la mesa de entrada están todos los listados de pedir.

Él la miró.

-¿Bebidas sin alcohol.

-Cerveza.

-Bien.

No quiso ni poner un mantel, estaban marrones todos.

-Voy a mirar qué tienes para mañana.

-Fisio solo, a las once.

-Bueno, desayunamos fuera, fisio y vamos al super. Que nos traigan la compra. Haré una lista.

-¿Quieres gastar ya mi dinero?

-No, voy a darte de comer yo.

-¿No te pago bien?

-Por trabajar. Pero los gastos son tuyos.

...

La rutina con Fernando resultó ser mucho más complicada de lo que Olga había imaginado. Aceptó el trabajo sin dudarlo, por el sueldo, porque estaba solo, ella sola y sin trabajo, porque tenía casa y podía ahorrar ese año y comprarse un piso con lo que ella llevaba de Almería, sin tener que pagar hipoteca. Pero descubrió pronto que aquello no consistía solo en acompañarlo y hacer la casa o estar pendientes de sus horarios de actividades o medicinas o aseo. Era más complicado.

Había que poner orden en una vida que, después del accidente había quedado patas arriba.

Y Fernando estaba insoportable. Se quejaba por todo.

Si ella llenaba la nevera, protestaba por lo que costaba la compra, si necesitaba unas zapatillas nuevas para las sesiones de rehabilitación, refunfuñaba porque eran demasiado caras. Una tontería porque Olga había visto la ropa cara que había usado antes del accidente en el otro cuarto. Y todo era de marca.

Si Olga insistía en comprarle ropa interior, algunos chándals y pijamas decentes, gruñía como si se estuviera arruinando.

-No necesito tanto- repetía con mal humor.

-Necesitas vestirme como una persona Fernando, no como un naufrago. Mañana vamos a la peluquería a recortarte esa barba y pelarte.

-Ni hablar.

-Pues no hables, pero vamos,- decía Olga con firmeza y sin perder la paciencia.

Las primeras dos semanas fueron agotadoras. Olga apenas tenía un minuto para sí misma. Pero poco a poco consiguió poner la casa en orden e imponer un poco de limpieza además.

La casa quedó limpia como una patena, la despensa llena y las rutinas organizadas. A partir de entonces, mantenerlo todo... se volvió más sencillo.

Fernando seguía protestando.

Protestaba por el dinero.

Por las verduras.

Por las horas de gym.

Por las pastillas.

Por el calor.

Por el frío.

Y hasta por el color de los pijamas.

Y Olga sufría en silencio.

Porque debajo de aquél mal humor seguía viendo un hombre optimista y cabezota que había sido antes del accidente. Solo que ahora estaba enfadado con el mundo... y consigo mismo.

Lo que Fernando aún no sabía era que la paciencia de Olga tenía límites. Y que un día, después de escuchar una queja más sobre unos simples calzoncillos nuevos, iba a explotar.

Y entonces sería él quien tendría que escuchar.

...

Aquella tarde después de limpiar la cocina, dejar preparada la cena, lo escuchó quejarse porque le había comprado ropa interior nueva.

-¿De verdad hacía falta gastar en eso?- murmuró él desde el sofá.- parece que el dinero te quema en las manos.

Olga se quedó inmóvil unos segundos. Respiró hondo.

Una vez.

Dos veces.

Y entonces explotó.

-¡¿Sabes qué Fernando?! Estoy harta.

Él levantó la cabeza sorprendido.

-¿Cómo?

-¡Harta! Harta de tus quejas, de tu malas caras y de que todo te parezca mal.

¡Tres semanas llevo levantándome antes que tú para dejar la casa impecable, trabajando contigo, yendo a tus cosas, haciendo la compra y ocupándome de todo mientras tú te dedicas a protestar! Me pagan sí, pero eres insoportable.

Fernando abrió la boca, pero ella no le dio oportunidad..

-¡No me importa que estés lesionado! ¡No me importa que tengas dolor!
¡Lo entiendo y te ayudo encantada! Pero una lesión no te da derecho a tratar a los demás como si fueran tus criados o como si nada de lo que hacen fuera suficiente.

Olga...

-¡No! ¡Ahora hablo yo! Porque estoy cansada de escuchar que si gasto mucho, que si esto, que si aquello. ¿Sabes cuándo fue la última vez que me dijiste gracias? ¡Yo tampoco! ¡Por qué no me las has dado nunca!

Fernando se quedó callado.

-Y te voy a decir otra cosa. El hombre optimista y cabezota del que me hablaron debe seguir ahí dentro, porque el que viene conmigo es un viejo gruñón insoportable. Y si quieres seguir siendo así, estupendo. Pero no voy a seguir pagando yo tus enfados. Así que espabila Fernando Casado, porque bastante duro ha sido todo para ti como para que encima te empeñes en hacer la vida imposible a quien está a tu lado.

El silencio llenó el salón.

Olga cogió las llaves.

-Y ahora me voy a dar una vuelta porque, como me quede aquí un minuto más, te juro que te tiro la cena a la cabeza.

Y salió dando un portazo.

Fernando permaneció sentado, mirando la puerta cerrada. Por primera vez en mucho tiempo, las palabras de Olga le habían dolido más que cualquier ejercicio de rehabilitación.

Y, quizá por primera vez desde el accidente, se preguntó si el problema ya no eran sus piernas, sino él mismo.

Se quedó pensativo porque no se lo esperaba de Olga, esa chica callada, silenciosa, hormiguita trabajando. Lo trataba muy bien, incluso a la hora del aseo, que era lo que más le costaba y había metido la pata hasta el fondo. La casa estaba perfecta. La comida buenísima. Era puntual para llegar a todos lados. La esperaba en el gym, en el fisio. Salían a desayunar y no podía mantener una conversación con ella porque era un bruto. Nunca fue así. Él era simpático con las chicas, gracioso y divertido. Y Olga era guapa, una buena chica y no se merecía su desprecio.

¡Joder!, ¿y si ahora se iba? Se puso nervioso de pensarlo. Y sabía que debía pedirle perdón y empezar de nuevo y sobre todo cambiar. Ya le quedaba un año de rehabilitación y había pasado dos, lo peor. Y lo peor era que no

quería que fuesen sus amigos para verlo. Pero pensó en su mejor amigo. Que lo llamaba continuamente y él no quería que lo viera en esas condiciones, pero ahora estaba arreglado, la casa en orden y podía empezar por ahí. Pedir perdón a Olga y que Mateo fuera a visitarlo. Habían sido como hermanos. Cogió el teléfono y lo llamó.

Mateo apareció una hora después. Alto, moreno y siempre con una sonrisa fácil, se quedó mirando la casa con admiración, después de abrazarse y preguntarle cómo estaba.

-Vaya, hermano, esto está de revista. ¿Has contratado a alguien o te ha tocado la lotería?

Fernando sonrió de medio lado.

-No, Olga.

-¿La trabajadora social?-preguntó Mateo arqueando las cejas- Pues además hace milagros con tu mal humor, tiene buen gusto. Y será guapísima, seguro.

Fernando dejó la cerveza con un golpe sobre la mesita de centro un poco más fuerte de lo necesario.

-¿Desde cuándo te fijas tú en esas cosas?

Mateo soltó una carcajada.

-Desde siempre. Y porque soy tu amigo te lo digo, me lo contaron tus padres, como ni quieres saber nada de nosotros...esa mujer vale oro. Si estuviera libre, yo la invitaría a cenar sin pensarlo. ¿Dónde está, por cierto?

-Ha salido a dar un paseo. Pero Fernando sintió una punzada desagradable en el pecho.

-Pues no hace falta que pienses tanto- gruñó- Ha venido a trabajar, no a buscar novio.

Mateo lo observó divertido.

-¿Y por qué te has puesto tan serio?. No me digas que el gruñón de Fernando Casado está celoso.

-No digas tonterías. Además se ha enfadado conmigo. Me he portado como un capullo con ella.

- Claro, Claro...- respondió Mateo sonriendo.- Pues la llamas y le pides perdón. Porque como tardes mucho, igual alguien más espabilado que tú, se da cuenta de lo maravillosa que es.

Y por primera vez desde el accidente, Fernando sintió algo peor que el dolor de las piernas; miedo a perder algo que aún no sabía si tenía. O iba a pensarlo e irse y dejarlo solo.

La puerta se abrió y Olga entró cargada con varias compras del supermercado. Había tomado café tranquila y luego aprovechó para hacer la compra y pasar por la farmacia y solo deseaba dejarlo todo y sentarse cinco minutos.

Pero se detuvo en seco.

Sentado en el salón con una sonrisa tranquila, había un hombre alto y fuerte, moreno, de ojos verdes y unos treinta y cinco años.

Fernando estaba tumbado en el sofá y Mateo sentado en otro, en el sillón. Y ambos hablaban animadamente.

-¿Olga?- dijo Fernando- Ven que te presento. Este es Mateo, mi mejor amigo. También es bombero.

Olga parpadeó sorprendida.

-¿Mateo?- preguntó- creía que no recibía visitas de amigos.

Mateo se levantó enseguida.

-Y no quería, pero me ha llamado esta tarde. Y he venido enseguida a ver a este cabezota.

Encantado. Por fin nos conocemos. Sus padres me hablaron de ti.

-Igualmente- respondió ella con una sonrisa.

Mateo la ayudó con las bolsas, y mientras guardaban las cosas, la conversación fluyó con naturalidad, era simpático, educado y tenía ese

sentido del humor que hacía reír a Fernando, algo que Olga no había visto nunca.

Acabaron cenando los tres. Mateo contó anécdotas de juventud, del trabajo, algunas graciosas a pesar del peligro, y por primera vez en semanas, desde que llevaba allí, Fernando se olvidó de sus quejas y hasta se le escaparon varias carcajadas..

-¿Te acuerdas cuando quisiste apagar una barbacoa con una manguera del jardín y acabaste empapando al alcalde?- dijo Mateo.

-¡Eso fue culpa tuya!- protesto Fernando entre risas.

Olga los observó divertida. Hacía mucho que no veía aquella luz en los ojos de Fernando.

Más tarde, Mateo se despidió.

-Vendré mañana un rato.

-Y tú, no hagas trabajar tanto a esta chica- le advirtió señalando a Olga.

-Sí señor- contestó Fernando, fingiendo un saludo militar.

Cuando se quedaron solos, Olga ayudó a Fernando a acostarse, lo acomodó con cuidado tras pasar por el baño y lavarse los dientes también. Como todas las noches. Estaba a punto de apagar la luz cuando él la llamó.

-Olga.

-¿Sí?

Fernando bajó la mirada.

-Quería pedirte perdón.

Ella se volvió sorprendida. Ese no era Fernando. O habían cambiado.

-¿Por qué?

-Por estas semanas. Por mi mal humor, por las quejas, por hacerte cargar con todo... Sé que has estado trabajando, yendo al gym, a la fisio, al médico, llevando la casa... y yo solo he sabido protestar. No quería convertirme en esto.

Olga se sentó a su lado.

-Has pasado mucho, Fernando.

-No es una excusa. Mateo me ha dado una buena reprimenda esta tarde, y tiene razón. No quiero perderte por ser un imbécil.

Olga sonrió suavemente.

-Pues procura no serlo demasiado.

Fernando sonrió.

-Lo intentaré... y gracias por quedarte.

Ella le acarició el pelo.

-Duérmete bombero. Mañana será otro día.

Y mientras él cerraba los ojos, Olga pensó que, quizás, aquella visita inesperada de Mateo, había llegado justo cuando más falta hacía.

CAPÍTULO III

Las disculpas de Fernando parecían haber cambiado el ambiente de la casa. No de un día para otro, pero sí suficiente para que las comidas dejaran de ser un campo de batalla.

Mateo empezó a aparecer con más frecuencia. Llevaba años siendo el mejor amigo de Fernando, y cuando conoció a Olga comprendió enseguida por qué había conseguido superar dos años de mal humor y rehabilitación sin salir huyendo.

Ella tenía veinticinco años. Él treinta y cinco. Diez años de diferencia que a Mateo no parecían importarle lo más mínimo, porque el encantó Olga el primer día que la vio, aunque siempre le decía su intuición que a Olga le gustaba Fernando a pesar de todo y que era mutuo.

Y no se equivocó.

Se quedaban hablando en la cocina, mientras Fernando descansaba o hacía los ejercicios con la fisioterapeuta.

Descubrieron que ambos adoraban el cine clásico, las escapadas improvisadas y que ninguno soportaba el café sin leche.

-Eres demasiado joven para tener gustos de abuela- se burló Mateo una tarde.

-Y tu demasiado viejo para seguir vistiendo camisetas de grupos de rock como si tuvieras veinte años.

-¿Viejo? ¿Me acabas de llamar viejo? Solo tengo diez más que tú.

-Y yo diez menos. Así que estamos en paz.

Olga se echó a reír.

Fernando los observaba desde el salón. Hacía tiempo que no veía a Olga reír. Y menos de esa manera. Ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que él había conseguido arrancarle una sonrisa así.

-¿De qué os reís tanto?- preguntó con fingida indiferencia.

-De que Mateo es un abuelo disfrazado de rockero- contestó ella.

-Y que ella es una niña con fama de jubilada- replicó Mateo.

Los dos volvieron a reír.

Y Fernando, que siempre había considerado a Mateo un hermano, sintió una punzada desagradable en el pecho.

No era enfado.

Era miedo.

Porque comprendió que Olga no le pertenecía. Y que mientras él se había dedicado a alejarla con su mal carácter, otro hombre había descubierto la luz que levaba dentro.

...

Una tarde Fernando estaba haciendo los ejercicios con una mueca de dolor cuando escuchó las risas en la cocina.

-No, no pienso ver esa película otra vez- decía Olga entre carcajadas- Tres horas de hombres disfrazados de hobbits es demasiado para mí.

-Eso es porque no tienes cultura- replicó Mateo.- Pero tranquila, todavía estás a tiempo..

-¿Todavía estoy a tiempo? ¿Me estás llamando ignorante?

-No preciosa, te estoy llamando rescatable.

Fernando dejó de hacer ejercicio.

-¿Se puede saber de qué os reís tanto?- preguntó más seco de lo que pretendía.

Olga apareció con una sonrisa.

-De nada. Mateo está intentando convencerme de ver de nuevo El señor de los Anillos.

-Imposible -dijo Mateo en la silla de ruedas detrás de ella- Tiene peor gusto que tú para las películas.

-Eso es imposible – gruño Fernando.

Olga soltó una carcajada.

-¿Veis? En eso sí estáis de acuerdo.

Aquella noche, cuando Mateo se marchó y Olga ayudó a Fernando a acostarse, él permaneció en silencio.

-¿Te duele algo?- preguntó ella.

-No.

-¿Entonces, ¿qué te pasa?

-Nada.

-Fernando...

Él suspiró.

-¿Te gusta Mateo?

Olga levantó la vista, sorprendida.

-¿Qué?

-Que si te gusta.

-Es tu mejor amigo.

-Eso no responde.

-Pues claro que me cae bien, es divertido, educado y no gruñe cada cinco minutos.

Fernando apartó la mirada.

-Ya.

-¿Estás celoso?

-No.

-Fernando llevo ya tres meses contigo. Sé cuando mientes.

Él guardó silencio.

-¿Lo estás?

-Es mi amigo y tú eres libre de hacer lo que quieras.

-Eso tampoco responde.

Fernando tragó saliva.

-No quiero que te enamores de él.

Olga se quedó inmóvil.

-¿Y, por qué iba a importarte?

Él tardó unos segundos en responder.

-Porque cuando te ríes con él, me doy cuenta de que hace mucho que no consigo hacerte sonreír así. Y porque soy un imbécil que ha tardado mucho en darse cuenta de que lo mejor que le ha pasado en los dos últimos años, has sido tú.

Olga se quedó sin palabras.

Y no supo que decir.

CAPÍTULO IV

-Pero Fernando, yo ni siquiera te gusto. Ni te he gustado. Ni creo que a Mateo le guste de esa manera.. cuando termines, que estás avanzando mucho, volverás a tu vida, a salir, a tener chicas como antes. No vas a tener problema en ello como no lo tuviste antes. Yo solo estoy de paso, estoy aquí, catorce siete y por eso me ves. Pero cuando me vaya, todo se habrá acabado y bajo ningún concepto voy a poner mi corazón para que me lo partan.

-Dime una cosa, Olga, siéntate en la cama a mi lado.

Y ella volvió a sentarse.

-¿Que quieres?

-¿Cuánto hace que no tienes sexo?

-No creo que quieras saber eso.

-Pues quiero saberlo.

-Nueve años. Desde los dieciséis.

-¿En serio? No puedo creerlo.

-Crees que mi vida ha sido fácil

-No lo sé, cuéntamela. Mañana no tenemos nada que hacer.

-Está bien. Siempre he sido una niña solitaria y triste. Mi madre murió en el parto y siempre me sentí culpable cuando tuve uso de razón. Por mí misma y porque me padre me miraba como si lo fuese. Era la primera hija, por tanto la única. Mi padre empezó a trabajar como un mulo, hasta terminar de pagar el piso. Pero años después se derrumbó y empezó a beber. No sé la causa, solo sé que se sumó a que yo me quedé embarazada a los dieciséis de un chico que creía que le gustaba y cuando se enteró a los tres meses, me dio una paliza de muerte. Y esa noche lo perdí.

-¿Y el chico?

-Nunca lo supo, ni una cosa ni otra. Solo fue experimentar. Y a partir de ahí, los golpes iban y venían cuando venía de la calle. Dejó de trabajar y tuve

que seguir en el instituto, y por la tarde trabajando en un restaurante de cómoda rápida. Y terminaba el día con unos cuantos golpes.

-¡Joder Olga!

-No quería chicos ni en pintura, ni tenía tiempo, hasta que a los dieciocho antes de empezar al Universidad, eché beca, siempre la tuve, incluso en el instituto, pero nunca se lo dije o me hubiese quitado el dinero que era para los pagos y comer. Como te decía un día que venía de beber lo mató una motocicleta. Y me quedé sola y liberada aunque no lo creas. Guardé el seguro que me dieron y terminé la universidad con beca y un máster. Y luego trabajé dos años en una residencia supliendo una baja por maternidad que se alargó.

Respiró hondo...

-Y cuando me quedé sin trabajo, me agobiaba Almería. Puse el mapa de Andalucía y pinché con los ojos cerrados. Y salió Sevilla. Vendí el piso y me vine. Y a los tres días vi el anuncio de tus padres. El resto lo conoces. Esa es toda mi vida, tres maletas, un bolso y el de mano. Y cuando acabe aquí intentaré comprarme un piso que sea mío y buscaré trabajo. Eso es todo.

Y Fernando se quedó mirándola anonadado. Y él se quejaba por sus tres años...

-Lo siento Olga. Tu vida ha sido dura.

-Lo ha sido sí, ahora si me rio, es la única felicidad que tengo. Si me enamoro, tendré que dejar de hacerlo porque ahora tus circunstancias son distintas, cuando vuelvas a tu vida normal...

-Ven acércate más- le dijo- y tomó su cara entre las manos y la acercó a su boca. Y la besó.

-No quiero dar pena, Fernando.

-Nunca me has provocado esa emoción. Te he visto dura, inquebrantable y muy guapa.

Ella sonrió.

Pero la deseaba que lo perdonase Dios, no quería hacerlo peor la deseaba. Tres años sin sexo iban a matarlo.

-Duerme conmigo.

-Fernando...

-Te deseo.

-Eso va a cambiar la relación, sin tener en cuenta que no sé nada de sexo y que puedo hacerte daño.

-Me da igual, no me va a doler más que lo que ya me duele. Desnúdate. Hace tres años que no veo una mujer desnuda. Te deseo tanto que me duele. Estoy celoso de Mateo, sí. No puedo evitarlo.

-Pero Mateo no me gusta en ese sentido... la miro fijamente.

-Quítame esos slips nuevos que me has comprado.

Y ella lo hizo y se desnudo porque desde la primera vez que lo vio, insufrible y todo, le encantó. Era un hombre y era distinto y tenía heridas como ella.

Se metió desnuda en su cama ay él la besó y la acaricio. Quiso echar las sábanas y la colcha fina a tras para mirarla y ella lo hizo.

Sus corazones galopaban como potros desbocados. Miró su pene duro, grande, alto como terciopelo y él pellizcó sus pezones y tocaba su sexo mientras la besaba.

Le hizo tener un orgasmo que ella no se esperó de ninguna de las manera. Rápido gimió y le dijo que se pusiera encima.

-Tomo pastillas- dijo ella- y a él le provocó una ternura infinita. Si estuviera bien le haría el amor de otra forma.

Olga se puso encima sin hacerle daño y colocó su pene en su sexo y fue bajando y sintiéndolo. Fernando cerró los ojos gimiendo.

-Buff Olga, no voy a durar nada nena si te mueves así.

Y ella se movió y arrimaba su boca para besarlo y él la besaba , tocaba su trasero para hundirse más en ella y mordía sus pezones y cuando sus cuerpos ardían ambos llegaron a un clímax demencial.

Ella se quitó de encima y se puso a su lado. Y él intentaba recobrar la respiración.

Había sido precioso.

Commo un tsunami.

Como algo que nunca tuvo.

Un regalo.

Se echó en su pecho acariciándolo.

-¿Qué tal estás?

-Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

-Con un hombre gruñón e insufrible.

-Y celoso, no se te olvide.

Y él se rio con ganas.

-Tienes que perdonarme mujer.

-Si te he perdonado. Después de la bronca que te eché... ¿quieres que me vaya a mi cama?

-Ya nunca. Estás donde debes estar. Vamos a dormir.

-¿Te duele?

-Me has dado la pastilla. Mañana te cuento mi vida. Estoy cansado.

Se besaron y ella apagó la luz.

A la mañana siguiente volvieron a hacer el amor.

Despacio.

Lento.

En silencio.

...

Y después como toda rutina, lo bañó y recogió la casa y salieron a desayunar.

-Estás muy seria, Olga.

-Sí, lo reconozco. No sé qué puede salir de esto. No quiero salir herida Fernando.

-Olga, vamos a vivir esto, el tiempo que podamos, luego se verá. No te preocupes tanto. Mira incluso hasta los matrimonios de años no duran. La vida o las relaciones no tienen garantía de nada. Pero si no te atreves a vivir una historia, nunca sabrás si es duradera o acaba. He visto muchas cosas en mi trabajo. No quiero que te preocupes. Hoy estoy muy

bien, animado, por ti. Quiero terminar esta maldita terapia y poder caminar.

-Está bien, no me preocuparé tanto. Y el mes que viene tenemos médico quizá te mande muletas ya. lo dijo la vez pasada y estás haciendo los ejercicios en la barra en fisioterapia caminando.

-Hago lo que puedo. Vamos a pedir vengas.

Mientras desayunaban, ella le preguntó por su vida.

-Soy hijo único y tuve una vida feliz, nada parecido a la tuya. Demasiada paciencia han tenido estos años. Fui a la universidad e hice Ingeniería Medioambiental, luego cursos que me sirvieran para ser bombero. Siempre quise serlo. Me preparé las oposiciones y las saqué a la primera. Y ahora estoy de baja. Unas de las escaleras de un edificio, se hundió y yo con ellas. Y me golpeé la columna. Pensé que había tenido mala suerte y que me iba a quedar parapléjico, pero tuve mucha suerte, al verdad. Aunque me cueste tres años de mi vida. Soy joven.

-¿Volverás?

-Volveré Olga, es mi vida y no se hacer otra cosa. Quiero trabajar al final de año. Llevo tres meses y los últimos tres me dijeron que ya podía correr, hacer pesas en el gym, una vida normal y eso quiero con tu ayuda.

-Te ayudaré claro.

-¿Y tú qué harás?

-Comprarme un piso y quizá me prepare oposiciones cuando salgan, mientras buscaré algún trabajo, tengo cursos hechos también.

-Unas oposiciones sería algo fantástico.

-Sí, no me importa estar dos o tres años preparándomelas si trabajo.

-Hazlo. Es un sueldo fijo toda la vida.

-Bueno y de chicas que me dices...

-Salía con una chica cuando tuve el accidente.

-¿Sí? Y ¿qué pasó?

-Pues creyó que me quedaría en silla de ruedas. Llevábamos un año saliendo. Se llamaba Ana y era administrativa en la central. Bueno sigue siéndolo.

-¿Y cuando vayas a trabajar?

-Olga, eso pasó a la historia. Ha salido y está saliendo con un compañero, Óscar.

-¿Lo conoces?

-Claro, tiene dos años menos que yo, como ella.

-¿La sigues queriendo?

-Para nada.

-¿Y antes de Ana?

-Bueno, en la Universidad, Instituto, algunos rollos, pero fueron pasajeros. Mujer es que tú no has tenido vida sexual.

-Sí que tuve, anoche.

-La primera.

-Como si lo fuese. Nunca tuve un orgasmo. Se acercó a su cara y se lo dijo bajito y a él le dio ganas de estar bien y tirarla a suelo.

-Si estuviera al cien por cien, te iba a matar.

-¿A qué?

-A orgasmos mujer.

-¡Qué bruto eres!... Anda vamos que tengo que hacer la comida. Nos llevamos pan de paso.

CAPÍTULO V

La vida en la casa y en la vida de Olga y Fernando fue completamente distinta a partir de esa noche que durmieron juntos.

Disfrutaban con Mateo que supo que estaban juntos.

Cambió el ánimo para mejorar de Fernando.

La trataba como a una reina.

Iban a médico y a los seis meses empezó con las muletas.

Los padres iban todos los domingos y llevaban la comida y comían los cuatro.

Veían el cambio en su hijo, más alegre y optimista.

Intentaba superarse para ponerse bien.

Hacían el amor a diario, en posiciones que no le hicieran daño.

Reían y bromeaban y ella aprendió a vivir y a hacer el amor.

Olga era feliz.

Y el tiempo pasaba inexorable.

En Navidades fueron a ver el mercadillo navideño. El andaba a ratos solo y a ratos con las muletas, pues se cansaba aún, se sentaban en alguna cafetería para merendar.

Alguna vez veían pelis en el sofá o iba a cenar.

Hasta que dejó las muletas definitivamente. Al principio, andaba despacio, pero aumentó la fisioterapia y el gym.

Su relación no había cambiado. Olga siempre pensó que terminaría con su trabajo, porque él era un tipazo y ella era normalita. Para Fernando, guapa sin darse cuenta.

En marzo, iba andando perfectamente y dos meses más tuvo de gym y empezó en la cinta a correr y luego por el río.

Y conforme él avanzaba, ella sabía que debía buscar un lugar para ella, porque en un mes iba a incorporarse.

Así que empezó a echar currículums y buscar piso.

Piso encontró uno cerca de dónde vivía Fernando. Estaba reformado, solo para meter muebles. Y sin decirle nada. Lo compró. De tres dormitorios. Mandó pintarlo mientras él iba a sus ejercicios y ya cuando acabara compraría muebles.

En cuanto al trabajo, se apuntó en la bolsa del Ayuntamiento. Y justo una semana antes de acabar su contrato con Fernando la llamaron para suplir cinco meses. Y eso fue toda una suerte porque el sueldo era un poco más alto que el que ganaba con Fernando, pero claro sin casa ni comida.

Y una noche, una semana antes de entrar él al trabajo y ella al Ayuntamiento, se lo dijo.

-¿En serio nena?

-Sí, y tan en serio, mira y le dejó mirar la carta. Él la abrazó.

-Puedes quedarte.

-No, Fernando, me he comprado un piso, no tan grande como este, pero bonito y coqueto. De tres dormitorios y un baño.

-¿Sin decírmelo?

-Bueno, era un chollo y una sorpresa. Solo me queda amueblarlo. Pero si me dejas en tu casa lo amueblo el fin de semana y me mudo. Tengo ya luz, internet, todo, domiciliado

-¿Pero dónde?

-Dos calles paralelas a tu casa. Cuando lo tenga amueblado te lo enseño y a Mateo. Me ha quedado dinero para los muebles y algo ahorrado.

-Eres una hormiguita. Y yo pagando hipoteca otros diez años- y ella se reía.

-¿Estarás bien?

-Claro que sí.

-¿Nos veremos?

-Cuando quieras. Yo trabajo de ocho a tres. Al menos tengo cinco meses y puntos para entrar.

-Yo tengo turnos. Ya sabes y si nos mandan a otra provincia debo ir. ¿Y coche tienes?

-También. Uno pequeño y garaje incluido. El seguro de mi padre era bastante y lo guardé y el piso no lo vendí mal.

-Entonces solo muebles.

-Solo muebles, bueno todo. Iré a Ikea el sábado.

...

Dos semanas después, estaba totalmente instalada en su casa, y llevaba una semana trabajando en el Ayuntamiento, al que iba andando, por la cercanía.

Lo tenía todo, incluso los libros de las oposiciones que iban a salir al año siguiente.

Pero no tenía a Fernando.

Y se había enamorado de él sin remedio.

Y él no de ella o eso pensaba, pero Fernando también la echaba de menos, pero quiso poner distancia para saber si lo que habían vivido era real o porque necesitaba a alguien cerca.

Y Mateo le decía lo imbécil que era.

Por otro lado estaba Ana que había terminado con Óscar y andaba tras él.

Pero la vida siguió adelante.

Fernando había vuelto al parque de bomberos. Aún arrastraba algunas secuelas, pero trabajaba, volvía a sonreír y había recuperado parte del hombre que había sido tres años atrás, el que había sido antes del accidente.

Aquella noche primera con Olga y las siguientes, no habían sido una aventura. Habían sido unos meses maravillosos.

Había sido algo precioso.

Durante unos meses vivieron una relación tranquila según él, llena de pequeños momentos, desayunos compartidos, risas y alguna escapada improvisada.

Los últimos días el sexo fue genial, como él quería demostrarle que lo era..

Fueron felices, sí.

Olga ya estaba como quería, con su piso, sus ahorros un trabajo aunque de poco tiempo su cochecito y su piso no dejaba de mirarlo. Nuevo.

-Es mío- susurró una noche sentada en el sofá nuevo. El más grande.

Todo parecía ir bien.

Todo, excepto Fernando. No dejaba de pensar en él.

Había empezado a llamarla solo un par de veces a la semana. Nunca faltaba una llamada, pero tampoco iba más allá ni siquiera de las conversaciones íntimas y la intimidad que habían compartido.

Eran llamadas de compañeros.

De amigos.

Olga se había enamorado profundamente, porque había sido como su primer hombre en todo. El que la enseñó. Pero Olga siempre había sido muy prudente, llegó a la conclusión de que él no sentía lo mismo.

Así que dejó de insistir.

Y Fernando por su parte, decidió darle y darse espacio. Quería pensar qué significaba todo aquello. Quería ver si la echaba de menos en un entorno diferente.

¿Era amor?

¿Era agradecimiento?

¿Era miedo a perderla?

¿Podría darle una vida normal después de todo lo que ella había pasado antes de conocerla y todo lo que había sacrificado por él?

Y cuanto más pensaba, menos la llamaba.

Mateo, su mejor amigo y confidente, terminó perdiendo la paciencia una tarde, mientras tomaban un café al salir del trabajo.

-¿Sabes una cosa Fernando? Eres imbécil.

-Gracias por tu delicadeza.

-No, te lo digo en serio. Esa chica te ha querido cuando estabas hecho polvo, te ha aguantado tu mal humor de los primeros meses, te ha levantado del suelo más veces de las que puedas recordar, y cuando por fin puedes ofrecerle algo, desapareces.

-Necesito pensar.

-¡Llevas dos meses pensando! ¿Qué más necesitas?

Fernando suspiró.

-No sé si ella me quiere de verdad.

Mateo se echó hacia atrás y soltó una carcajada.

-¿Tú eres tonto o te entrenas? Claro que te quiere. Lo que no sé es si seguirá queriéndote cuando se canse de esperar.

Aquellas palabras se le quedaron clavadas.

Y, mientras tanto, aquella misma noche, Olga cerró sus libros de oposiciones, miró el móvil y vio que llevaba cuatro días sin saber nada de él.

Por primera vez desde que lo conoció, decidió no llamarlo ella.

-Si me quiere, vendrá- murmuró intentando convencerse.

Pero una pequeña lágrima le resbalo por la mejilla.

Y a dos calles de allí, Fernando tenía el teléfono en la mano, mirando una foto de los dos, preguntándose si todavía estaba a tiempo de dejar de ser el

imbécil que Mateo decía que era.

Sonrió sin darse cuenta.

-¡Joder qué guapa eres!...

Suspiró y pulsó sobre su nombre. Su dedo quedó suspendido en el botón de llamar.

Y entonces sonó el timbre de la puerta. Abrió y se quedó helado.

-¿Mateo?- murmuró.

-¿Ana?

Ya la había visto de lejos en la central, pero no quiso saludarla. También le contaron, porque siempre hay alguien dispuesto a contar que lo había dejado con Óscar.

Y ahora ella estaba allí, en su puerta, en su casa, más delgada, con el pelo algo más corto y una expresión extraña. La misma mujer que tres años atrás lo había dejado cuando él todavía estaba aprendiendo a vivir después del accidente. La misma que había salido a los dos meses con Óscar. Y la misma que , cada vez que coincidían en la central desde hacía unos meses en que él volvió, cada vez que coincidían, lo observaba como si nunca hubiera tomado esa decisión.

-Hola, Fernando.

Él tardó unos segundos en reaccionar.

-¿Qué haces aquí?

Ana bajó la mirada.

-He roto con Óscar.

-Ya me había enterado.

-¿Puedo pasar?

Fernando dudó, peor se hizo a un lado.

Ana recorrió el salón despacio.

-Lo tienes muy bonito.

-Gracias.

-Te veo muy bien... dijo ella, mirándolo con una mezcla de nostalgia y arrepentimiento- Más fuerte. Más tú.

Fernando no respondió.

-Te he echado de menos- confesó Ana- Creo que cometí el mayor error de mi vida.

Fernando se quedó inmóvil.

Tres años.

Tres años sin una llamada cuando estaba hundido.

Tres años reconstruyéndose.

Y ahora cuando por fin había aprendido a sonreír de nuevo, cuando una trabajadora social cabezota y preciosa había con seguido entrar en su vida sin permiso, Ana aparecía con aquellos ojos que antes tanto había amado.

-Ana... ¿Por qué ahora?

Ella tragó saliva.

-Porque nunca he dejado de quererte.

Y, sin saber aquello, a apenas dos calles de allí, Olga, ya en pijama, apagaba la luz del salón y se metía en la cama convencida de que si Fernandi la quería de verdad, sería él quien llamaría.

Sin imaginar que el pasado acababa de llamar a la puerta de Fernando. Y de que aquella noche, por primera vez desde que se conocieron, no sería ella quien ocuparía sus pensamientos. O, al menos eso intentaría convencerse él.

Ana permaneció unos segundo , sentada en el sofá, con las manos entrelazadas sobre las rodillas.

Parecía sincera.

Siempre lo había sido, incluso en su lado más cruel.

-Cometí un error Fernando. Me asusté con el accidente, con todo lo que venía después. Fui una cobarde. Y cuando me fui con Óscar pensé que estaba haciendo lo correcto. Pero nunca he encontrado con nadie lo que tenía contigo.

Fernando escuchó tranquilo. Hacía tres años aquella conversación lo habría destrozado. Ahora no.

-Te perdoné hace mucho, Ana.

Ella levantó la mirada esperanzada.

-¿Entonces...?

-Perdonar no es volver atrás. Mi vida siguió. Y la tuya también.

Ana bajó la cabeza.

-Nunca dejé de quererte.

Fernando sonrió con tristeza.

-Yo sí que dejé de esperarte.

...

A la mañana siguiente sábado, Olga se levantó con una sensación extraña. Había pasado toda la noche convenciéndose de que no iba a dar un paso más. Pero después de desayunar, vio una carpeta con unos informes que Fernando necesitaba y una bolsa de vitaminas que había olvidado tomar.

-Solo se las llevo y me voy- se dijo.

Media hora después llamaba al timbre.

La puerta se abrió.

Y allí estaba una mujer guapa, de pelo castaño y una camiseta ancha.

-¿Sí?

Olga se quedó inmóvil.

-Perdona... ¿Fernando está?

-Sí, está duchándose. Soy Ana.

Ana sonrió amablemente sin imaginar nada.

-Pasa si quieres.

-No... no importa. Dile que he venido a traerle esto que se le ha olvidado.

-Claro.

Olga dio media vuelta con el corazón encogido. Se metió en el coche y se marchó antes de que Fernando saliera del baño.

-Por cierto- comentó Ana cuando Fernando apareció secándose el pelo. Ha venido una chica muy guapa. Te ha dejado un informe y una bolsa. Ahí está en la encimera.

-¿Una chica?

-Sí, Olga creo que se llama.

Fernando se quedó blanco.

-¿Olga ha estado aquí?

-Sí, le he dicho que estabas duchándote y que pasara, pero...

Fernando ya estaba cogiendo las llaves.

-¡Joder!

-Fernando...

-Luego hablamos Ana.

Y salió prácticamente escaleras abajo sin esperar el ascensor.

...

Pero Olga no estaba en su piso.

Ni contestaba al teléfono.

Ni a los mensajes,

Solo una persona sabía dónde podía estar.

Mateo.

...

CAPÍTULO VI

Mateo llegó a su casa y encontró a Olga en la puerta. Nerviosa y triste.

-¿Que ha pasado?, deja que abra y pasamos.

Ella se sentó temblando en el sofá y él le hizo una tila y un café para él.

Se sentó a su lado.

-¿Quieres contarme qué ha pasado?

Olga se echó a llorar.

-He ido a verlo... y me ha abierto una mujer. Me ha dicho que estaba duchándose.

Mateo maldijo por dentro. Conocía demasiado bien a Fernando para pensar mal de él, pero también sabía lo que aquella escena parecía.

-¿Y te has ido?

-¿Qué iba a hacer? ¿Presentarme? ¿Quedarme allí?

Mateo suspiró.

-Olga, las apariencias engañan, son muy traicioneras.

-No, no quiero ser la tonta de nadie.

-¿Lo quieres?

Ella tardó en responder unos segundos.

-Sí.

-Entonces, habla con él. No permitas que una imagen decida por vosotros.

Olga sonrió entre lágrimas.

-Siempre tienes la respuesta para todo.

-Mateo también, aunque por dentro le dolía. Porque cada día estaba más enamorado de ella. Y aún así, tenía que elegir entre su propia felicidad o ver

feliz a Olga, sabía cual era perfectamente su elección. Pero tampoco estaba dispuesto a que Fernando no la hiciera. De ser así, él actuaría.

Y en ese instante sonó el timbre.

Mateo y Olga se miraron.

Mateo abrió la puerta.

Y se encontró con Fernando, jadeando de haber subido por las escaleras casi corriendo.

-¿Tengo ascensor, sabes?

Los ojos de ambos amigos se miraron.

Y Fernando sintió algo que en muchos años no había sentido de verdad hacia Mateo.

Celos.

Fernando y Mateo, se quedaron mirándose unos segundos. Ninguno dijo nada.

-¿Está aquí?- preguntó Fernando, sin apartar la vista de su amigo.

Mateo se hizo a un lado.

-Pasa.

Olga se levantó del sofá inmediatamente. Los ojos aún estaban rojos.

-¿Qué haces aquí?

-Buscarte.

-Ya me has encontrado.

-Olga, no es lo que piensas.

-Claro. Una mujer abre la puerta de tu casa, me dice que te estás duchando y tengo que creerme que no es lo que parece.

-Porque no lo es.

-¿Y quién es?

-Ana.

Olga se quedó inmóvil.

-¿Ana? ¿Tu Ana?

Fernando asintió.

-Mi ex. Vino anoche. Ha roto con Óscar.

Y se quedó a dormir.

Fernando dudó una décima de segundo.

-Sí.

Aquella pequeña pausa fue suficiente.

-No tienes que explicarme nada. No somos nada desde hace dos meses. De hecho nunca fuimos nada- dijo Olga con una sonrisa amarga.

-¡Eso es mentira!

-¿Ah, sí? ¿Qué somos, Fernando?

Él abrió la boca y no encontró respuesta.

Mateo cerró los ojos. Sabía que aquello iba a pasar.

-Olga escúchalo- intervino.

-No, Mateo. No pienso competir con nadie.

Cogió el bolso y se fue.

Fernando salió detrás.

-¡Olga!

Ella se giró.

-Si tienes algo con Ana, adelante, pero no lo tendrás conmigo.

Y se marchó.

...

Mateo regresó al salón.

Fernando seguía en le rellano maldiciendo.

-Entra y siéntate antes de que te de algo.

-La he perdido.

-No seas idiota. La quieres y ella te quiere. Solo está dolida.

-¿Y Ana?

Mateo lo miro muy serio.

-Eso deberías responderlo tú.

...

Cuando Fernando regresó a casa, Ana estaba recogiendo al taza del desayuno.

-¿La has encontrado?

-Sí.

-¿Y?

-Cree que estamos juntos.

Ana cerró los ojos.

-Lo siento. No era mi intención.

-Lo sé.

Ella lo observó en silencio.

-¿La quieres?

Fernando sonrió sin darse cuenta.

-Sí.

Ana sonrió con tristeza,

-Nunca te vi sonreír así conmigo.

- Porque antes del accidente era un imbécil.

- No eras feliz. Y ahora... ahora vuelves a serlo.

Hubo un largo silencio.

-Fernando anoche, cuando me abrazaste, e hicimos el amor, por un momento pensé que podía recuperarte.

Fernando bajo la mirada.

-Ana...

-No, déjame terminar. Necesitaba saber si aún quedaba algo entre nosotros. Y creo que tú también.

-Él no respondió.

- pero cuando has salido corriendo detrás de esa chica, he entendido que llego tres años tarde.

Ana se levantó.

-No voy a perderte otra vez. Pero tampoco voy a retenerte.

Y en ese momento llamaron al timbre.

Fernando abrió.

Era Mateo.

-Vengo a por ti. Vamos a dar una vuelta. Perdona Ana.

-No yo ya me iba.

-Bien. Nos vemos en la central.

Mientras Ana bajaba las escaleras, Fernando la observó desde la puerta.

Y Ana comprendió que había perdido a Fernando y que quizá la noche anterior cuando hicieron el amor ambos habían necesitado despedirse.

Pero las despedidas, a veces, son el principio de otra historia.

-¿Qué has hecho Fernando?- le dijo cuando cerraron la puerta.

- Anoche...Ana y yo...

Mateo levantó una mano.

-No. Entonces era lo que parecía.

-Necesitaba saberlo. Fue un momento de debilidad. Necesitaba saber si aún quedaba algo. Fueron muchos años con ella.

-No quiero saber nada más. Te abandonó Fernando, cuando más lo necesitabas.

-Pero...

-¡No quiero saberlo!- explotó Mateo- porque no entiendo cómo puedes salir corriendo detrás de Olga y decir que la quieres, y acostarte con otra mujer para cerrar capítulo.

Fernando bajó la cabeza.

-No estaba con Olga.

-No. Pero estabas enamorado de ella. Y eso es peor.

Mateo se levantó.

-No me lo cuentes. Haz que no me lo has contado. No quiero ser quien tenga que decidir si debe saberlo o no.

...

Fernando insistió. Llamó a Olga mil veces, mil veces la buscó, le pidió mil veces perdón por haberla hecho sentir mal. Le explico que Ana era el pasado, que no tuvo nada con ella que había aparecido por sorpresa y que no había pasado nada. Solo hablaron.

Y Olga, después de semanas de dudas, acabó creyéndolo.

Porque lo quería.

Porque él luchó por ella.

Porque cuando la miraba, ella veía verdad.

Y porque nadie le habló jamás de aquella noche.

Ni Ana.

Ni Mateo.

Ni Fernando.

...

Dos meses después Fernando y Olga volvieron a ser felices, y más cuando le ampliaron el contrato en el Ayuntamiento cinco meses más. Y ella preparaba sus oposiciones.

Volvieron las cenas improvisadas, las bromas, las escapadas de fin de semana cuando no tenía Fernando guardia, las noches abrazados viendo películas, hacer el amor cada noche, y las discusiones absurdas por quién hacia la compra.

Aquella tarde, Fernando estaba cocinando.

Había preparado pasta fresca porque Olga había ido a la compra tras salir del trabajo e iba a llegar tarde. Y quería sorprenderla.

Sonrió al mirar el reloj.

-Llegará en veinte minutos.

Entonces sonó el timbre.

-Ya está aquí.

Pero al abrir la puerta, el color del rostro se le fue.

-¿Ana?

Ella estaba pálida. Los ojos hinchados y una expresión que Fernando no había visto nunca.

-Tenemos que hablar.

-Ana, ahora no es un buen momento...

-Estoy embarazada.

Fernando se quedó inmóvil.

-¿Qué?

-De diez semanas.

El mundo se detuvo.

-No...

Ana rompió a llorar.

-Lo siento. Lo siento mucho. No quería venir. He tardado dos semanas en atreverme.

-¿Estás segura?

-Sí.

-¿Es mío?

Aquella pregunta le dolió.

-Fernando...

-Perdona, perdóname. Estoy en shock.

Ana asintió.

-Lo sé.

Se hizo un silencio terrible.

-¿Y qué quieres?- preguntó él? ¿Vas a abortar?

-No. No voy a hacer eso y no quiero nada.

-¿Nada?

-Solo quería que lo supieras. No voy a obligarte a nada. Ni siquiera sé si quiero que volvamos. De hecho, sé que no. Cuando te vi salir corriendo detrás de Olga, entendí que ya no me querías. Peor esto cambia las cosas.

Fernando se sentó.

-Dios mío...

-Y hay algo más...

Él levantó la mirada

-¿Qué?

-La he visto.

-¿A quién?

-A Olga.

Fernando tragó saliva.

-¿Qué?

-Hace dos días. Me la encontré por casualidad.

Ana sonrió con tristeza. Te quiere.

-Y yo le mentí. Le dije que nunca ocurrió nada entre nosotros.

Fernando sintió un escalofrío.

-¿Qué le dijiste?

-Todo excepto que no pasó nada aquella noche. no quería perderla.

-Y yo no quería perderte. ¿Ves? Los dos fuimos unos cobardes.

En ese momento volvió a sonar el timbre.

Ambos se miraron.

Fernando se puso de pie.

-Es Olga.

-Lo sé.

-Ana...

-No. Ya esta bien.

Se secó las lagrimas.

Y justo cuando Fernando iba a abrir la puerta, Ana lo sujetó por el brazo.

-Se acabó mentir por amor, Fernando. Porque las mentiras son peores que los hijos.

-Antes de que abras... contéstame una cosa. Una sola.

-¿Qué?

-Si esa noche no hubiese ocurrido, ¿Habrías vuelto conmigo?

Fernando la miró unos segundos.

Y respondió con una sinceridad que la destrozó y la liberó al mismo tiempo.

-Ana cerró los ojos y sonrió entre lágrimas.

-Gracias. Necesitaba oírlo.

Y entonces, al otro lado de la puerta, sonó la voz de Olga.

-¿Fernando, ¿estás ahí? Huele de maravilla.

Y sin saberlo, estaba a punto de entrar en una casa en la que el pasado había llegado para quedarse.

Fernando abrió la puerta y Olga sintió al instante que había entrado en algo que no le pertenecía. Esa sensación que hacía dos meses no le pasaba.

Al entrar la vio.

Era Ana de nuevo.

Joven.

Pálida.

Con los ojos rojos de haber llorado.

Dejó las bolsas en la cocina.

-Perdón- dijo automáticamente cabreada y dolida.- No sabía que había visita.

Fernando levanto la cabeza.

-Olga...

Pero la mujer fue más rápida.

-No, tranquila- dijo Ana, secándose las lágrimas-Ya me iba.

-Había tensión.

-Demasiada.

Y no era una discusión cualquiera.

Era otra cosa.

Algo mas profundo.

-Puedo volver luego- añadió Olga con calma.

-No- respondió Fernando demasiado rápido.

Silencio.

Ana respiró hondo.

-No hace falta que te vayas Olga. De hecho... ya he dicho lo que tenía que decir.

Olga miro a Fernando.

Él no sabía dónde mirar.

Nunca lo había visto así.

Perdido.

Roto de una forma distinta a la habitual.

-He venido porque estoy embarazada- dijo Ana sin rodeos.

Olga no reaccionó de inmediato.

No preguntó.

No interrumpió.

Solo miró a Fernando.

Y en ese segundo de los tres, entendió que aquello no era una discusión reciente.

Era una herida vieja que acaba de abrirse otra vez.

-¿De cuánto?-Preguntó Olga sin juicio ni tono.

Ana bajó la mirada.

El aire se volvió más denso.

-Dos meses.

Fernando se pasó la mano por la cara.

-Fue de esa noche cuando vine... y me dijiste mil veces que no había pasado nada... ¿me mentiste a la cara?

No dijo nada.

-Vale.

-Volvió a ponerse el abrigo, entró dentro recogiendo las cosas que tenía en casa de Fernando.

Éste se sentó con las manos en cara, desesperado, porque sabía que ahora no iba a escuchar nada de él.

Cogió las bolsas de la compra. Y lo miró.

-No me llames nunca. No existo para ti.

Y salió de la casa de Fernando para siempre.

CAPÍTULO VII

Cuando llegó a su casa, con temple y sin una lágrima, sabiendo que había salido con el hombre más mentiroso que había conocido colocó la compra y mientras hacia algo de comer, llamó a Mateo.

-Hola guapa, ¿qué haces?

-La comida, en mi casa, sola.

-¿Y eso?, ¿habéis reñido?

-No. Hemos terminado para siempre. Dejó embarazada a Ana la noche que por lo visto no era lo que yo creía, ni lo que parecía. Menudo mentiroso.

-¿Qué dices mujer?

-Que está embarazada de dos meses.

-¡Joder...!

-Sí joder. Voy a preguntarte una cosa.

-Dime...

-¿Lo sabías?, ¿sabías que estuvo con ella y me mentiste también?

Mateo se puso en guardia.

-Olga. Lo que te hiciera no es asunto mío. Soy tu amigo y su amigo también. Sí lo sabía. Me pidió que no te lo dijera, pero aunque no me lo hubiese pedido, tampoco te lo habría dicho. Tú lo sabías de sobra. Eres una mujer. Y no podía meterme más de lo que estaba en vuestra relación. Espero que me entiendas. ¿Sabes por qué?

-No dímelo tú.

-Pues deberías saberlo porque me gustaste desde el momento en que te vi. Y me sigue pasando y solo quiero verte feliz. Lo que él te haya hecho no es culpa mía. Pero me gustaría partirle la cara.

Y Olga colgó.

-Pero qué...

-A la mierda los hombres.

-¿Que le gustaba a Mateo?, si le hubiese gustado... o no...

Y entonces sí que le entró al llantina.

Comió con llantina.

Recogió con llantina.

Tomó café con llantina y se tumbó en el sofá llorando.

-Era una mujer, sí, pero tenía sentimientos. Y todo el mundo se los pisoteaba.

¿Había que ser mala para vivir, o qué coño pasaba con ella?

...

Fernando sabía que no podría tener nada con Olga esta vez, aunque se lo suplicara mil veces, porque las anteriores mil veces le había mentido. Pero la verdad tarde o temprano sale a la luz.

Y tenía que pensar qué hacía con Ana y con el hijo que esperaba.

Esa tarde cuando se fue Ana, llamó a sus padres y se lo contó.

-¿Y Olga?- le dijo su madre.

-Lo sabes y no va a perdonarme. ¡Joder mamá!. No quiero a Ana, pero va a tener un hijo mío.

-Bueno, si quieres tener a tu hijo, tendrás que hacer todo lo posible por hacer que parezca una familia. No la amas, pero después de lo que te hizo, te acostaste con ella. No entiendo por qué lo hiciste, pero eres nuestro hijo y lo hagas estará bien. Intenta al menos ser feliz. Y pídele perdón. Es lo mejor que has tenido en tu vida.

Colgó con lágrimas en los ojos, porque sabía que aunque no se casara con Ana, sí debía vivir con ella y con su hijo. Casarse... no. Al menos por ahora.

Y cogió el móvil y llamó a Olga.

Silencio.

Una.

Dos.

Tres.

Un mensaje no devuelto.

Una nueva llamada a Mateo.

-¿Qué pasa Fernando? Si me vas a contar lo de Ana, ya lo sé. Y por este fin de semana tendrás que llorar en otro hombro.

-¡Joder Mateo! Eres mi amigo.

-También lo soy de ella y creo que dejar de hablarme ¿y sabes qué?, siempre me gustó.

-Lo sabía.

-No demasiado como hacerle lo que le has hecho. Que pases buen fin de semana. Ahora serás padre.

...

Unos meses después, ella se quedó en paro dos meses, justo lo que faltaban para las oposiciones.

Mateo, la llamaba de vez en cuando, y en su cumpleaños, la felicitó y ella le dijo que si quería tarta y café.

Y Mateo fue a su casa.

La abrazó después de esos meses y ella a él.

-Gracias por dejarme compartir tu cumpleaños- toma mi regalo.

-Mateo, no era necesario- pero le regaló una caja de bobones y un ramo de rosa rojas preciosas.

-Sí lo era, es tu cumpleaños y necesitas un regalo. Me alegro de que por fin pueda verte. -¡Estás guapísima!

-Gracias. Tú también.

-Veintisiete ya.

-Sí, no me lo recuerdes.

-Bueno en unos meses te llevo diez.

-No los aparentas.

¿Y el trabajo?

-La semana pasada se me cumplió. Pero me viene bien porque las oposiciones al Ayuntamiento en dos meses. Así que voy a aprovechar para avanzar y estudiar a fondo. Quiero aprobarlas Mateo.

-Sé optimista, llevas meses estudiando.

-Sí. Y tengo exámenes de otras veces. Quiero ir muy preparada. Solo hay cinco plazas, y no quiero saber la gente que se presenta.

-Tampoco hay tantos trabajadores sociales.

-De otras provincias.

-Eso sí, pero no lo pienses. Tu estudia estos dos meses y si no, buscas trabajo y la próxima.

-Es verdad. Venga siéntate y hago café. Voy a poner las flores en un jarrón con agua.

-¡Qué coqueto tienes el piso!

-Sí, he comprado algunas cosillas nuevas. Me encanta el despacho que he dejado. Da a la calle. Y puso aire acondicionado en las dos habitaciones que me quedaban.

Pasaron un rato maravilloso, él miraba lo guapa que estaba después de seis meses sin verla, apagó la vela de 27 años y tomaron café y tarta.

Mateo, le contó anécdotas del trabajo, que estuvo en Cádiz y en la Sierra de Cazorla, porque faltaban bomberos. Que se había comprado un coche nuevo y terminado de pagar su piso y estaba ahorrando para hacerle unas reformas y meter muebles nuevos.

-Fernando no se ha casado, pero viven juntos en su piso- el mes que viene dará a luz Ana. Van a tener una niña. Son más compañeros que amantes Olga.

-Me alegro por ellos, Mateo. Pero yo he pasado página. Primero me dejó al acabar el trabajo para pensarse no sé qué, luego me mintió estando conmigo. No puedo perdonar algo así. Además no pienso en él, sigo mi vida. Soy joven, estoy sola, aunque no me sienta sola. He vivido muchos años sola. Pero ahora lo veo como lejano. Nunca debí hacer lo

que hice. Lo cuidé y me pagaban bien. Pero no era su momento.

-Te quiere aún.

-Ese es su problema. Yo ya no siento sino decepción e indiferencia. Trabajé, me pagaron y se acabó.

-Me parece ideal que tomes tus decisiones.

-Sí.

-Siento haberte dicho que me gustabas, no debí decírtelo.

-Ya lo sabía Mateo. Siento no haberte correspondido en ese momento.

-¿Por que te llevo diez años?

-No digas tonterías, primero no los aparentas, y segundo, no me importa la edad.

-Tengo que ir a Madrid un mes y medio a hacer un curso. ¿Quieres que te llame cuando vuelva, y salimos a cenar o a dar un paseo?

-Cuando haga los exámenes, por supuesto que sí. Eres mi único amigo. Y eres terco. No has dejado de hacerlo.

-Porque quería saber si estabas bien.

-Estoy bien.

Hubo un momento de silencio y al siguiente él arrimó la boca a la suya y la besó, despacio- Olga se dejó. Lo necesitaba, necesitaba el calor humano de

un hombre, un hombre que era su amigo y él que vio que era correspondido, la besó profundizando en su boca, uniendo sus lenguas.

Olga lo abrazó por el cuello y cuando se dieron cuenta estaba dentro de ella, la ropa tirada en el suelo, gimiendo en el sofá, con una necesidad, ardiente, caliente, necesaria.

La penetraba despacio como si fuese de algodón, peor no pudo contenerse al final y eran llamas encendidas. Y ella sintió con Mateo lo que nunca por nadie, otra vez. Pero mejor que con Fernando. No debió comparar, pero lo hizo. Mateo era un hombre que sabía lo que hacía. Era distinto en todos los sentidos y cuando llegaron al clímax, ella pronunció su nombre.

Descansaron un rato en silencio.

Desnudos.

Callados.

Abrazados.

Tumbados en el sofá.

-Olga...

-Qué...

-No me arrepiento.

-Yo tampoco.

-¿No?

-Para nada.

-Me has comparado.

-Sí. Y sales ganando por goleada.

Y él se rio a carcajadas.

-¡Qué sincera eres!

-Solo he tenido dos hombres en mi vida. Lo sabes. El primero ni cuenta, cuando me quedé embarazada y lo perdí y luego Fernando y me preocupa,

porque es tu amigo y no quiero que lo pierdas por mi culpa.

-No voy a perderlo por tu culpa. Si lo pierdo será por él. No va a influir en mis decisiones nadie. Yo no me metí en las tuyas, salvo para ayudar.

-Lo sé. Pero quiero que me des tiempo Mateo. Hasta que acabe los exámenes. Además vas a estar en Madrid.

-Puedo llamarte al menos.

-No quiero que lo hagas.

-¿Por qué?, no seas terca.

-Quiero centrarme en los exámenes y pensar y que pienses qué es esto. Prométemelo.

-Te lo prometo, pero si te apetece a ti llamarme...

-No lo haré y cuando vuelvas y termine, hablamos de todo esto.

-Está bien, pequeña. Como quieras. Pero no hemos acabado. Es tu cumple.

Y estuvieron toda la tarde haciendo el amor en el sofá.

Ella sabía que Mateo sí iba a ser un problema, pero en esos dos meses no iba a pensar mientras estudiaba. Tenía sus metas claras y no quería que le pasara lo que con Fernando.

Se daba para pensar en él, la siesta y nada más.

-Aggg joder Olga, nena eres perfecta. No corras tanto que me voy a correr en segundos.

-Quiero que te corras, hazlo, madre mía Mateo...- le decía cuando él mordía sus pezones y ella estaba arriba de ese cuerpo para el pecado.

De su olor.

Del olor de su colonia.

De sus manos grandes y sus caricias certeras, del sabor de su sexo. Y él se volvía loco.

De su boca en el suyo chupándola como si fuese la última a vez.

Y esa noche pidieron cena, y cuando acabaron él se despidió y se fue. Porque al día siguiente salía temprano para Madrid.

Y cuando la abrazó y la besó antes de salir, todo cuanto quería decirle, se lo dijo con la mirada.

Y ella se quedó vacía.

La casa se quedó sola y vacía.

Cerró bien la puerta y recompuso el sofá. Recogió la cocina y se dio una ducha y se fue a la cama.

No quiso preguntarse si había hecho bien o mal. Solo sabía que debía aprobar. Y que Mateo olía muy bien. Ni duchada desapareció su olor.

Había sido algo grande para ella, importante. Pero quería comprobar si para Mateo había sido igual.

Mateo por su parte, se fue a casa con una sonrisa de felicidad en la cara. Había tenido en sus brazos a la mujer que le había gustado desde que la vio por primera vez en casa de Fernando.

Y había sido suya.

Y ahora le gustaba más que nunca.

Ahora tenía sentimientos por ella.

La necesitaba.

Y ese viaje se iba a hacer muy, pero que muy largo, sin poder hablarle.

CAPÍTULO VIII

El tiempo pasó muy largo para Mateo, aunque el curso era muy interesante. Pensaba a diario en Olga y en su cumpleaños, cuando acababa y después de cenar con el grupo del curso y se iba a dormir. Y sabía que no podía llamarla. Pero aún así, mantenía la esperanza de que ella lo llamara, o le enviara un mensaje. Pero no lo hacía y a veces miraba por la noche el móvil y se desesperaba. Era dura.

Pero si ella era dura, él tenía paciencia.

Y por fin acabó el interminable mes y medio.

Y aunque estaba en Sevilla ya, había limpiado la casa, hecho una compra y había ido a llevarle un regalo a la niña de Fernando. Había nacido diez días atrás. Y era una niña preciosa.

-¡Enhorabuena tío!

-Gracias.

-Tienes una nena preciosa.

Se tomaron una cerveza y Mateo, quiso sacar el tema.

-Voy a pedirle a Olga salir.

-Le llevas diez años- dijo más rápido de lo normal.

-No le importa, a mí tampoco, la cuestión es que no te importe a ti. No quiero perder tu amistad.

-No quiero que salgas con ella.

Y Mateo sonrió.

Fernando, vives con Ana, tienes una hija preciosa y Olga no va a salir contigo nunca más. Yo puedo hacerla feliz. En cuanto acabe los exámenes...

-¿Exámenes de qué?

-Las oposiciones al Ayuntamiento. Se presenta en ocho días. Y le estoy dando espacio. Siempre me gustó y lo sabes. Ella también lo sabía.

-¿Hablas con ella?

-No desde que me fui a Madrid al curso. Antes la llamaba un par de veces al mes, porque cuando supo que yo sabía lo de aquella noche, no quiso hablarme más. Pero insistí y antes de irme fui a su cumpleaños.

-Y qué...

Mateo permaneció en silencio.

-¿Te has acostado con ella?

-Sí. Me he acostado con ella. En su cumpleaños. Y no hemos hablado ni hablaremos hasta el último examen. Se lo prometí.

-¡Joder Mateo! No vuelvas a hacerlo

-¿Por qué? Soy mayorcito ya.

-No quiero.

-Lo que tu quieras no me importa.

-Pues dejaremos de ser amigos.

-Pues tendré que hacerte ese favor. Porque me gusta y la quiero. Y haré todo lo posible para hacerla feliz y ser feliz con ella.

-¡Maldita sea Mateo...!

-Venga que te vaya bien y cuida a Ana y a esa niña tan bonita. Cuando se te pase, me hablas.

-Jamás...

-Pues jamás. Eres un egoísta de mierda. Que te den...

Y salió de la casa de Fernando y no pensaba volver.

...

Mateo, tenía turno de mañana el día del examen de Olga. Y en cuanto acabó se fue a la Universidad, donde se realizaban los exámenes. Ya habían tenido el primer día, el día anterior y ese se acababan. No quiso molestarla hasta que ella se lo había pedido. Y ya le costó esperar.

Estuvo sentado fuera casi una hora. Irían a comer por ahí en cuanto salieran. Estaba nervioso como un adolescente por verla.

Y cuando empezaron a salir , él miraba la puerta cada vez, hasta que la vio guardando en el bolso

No sabía cómo iba a recibirle, pero él estaba deseando abrazarla y esperaba que ella sintiera lo mismo.

Olga levantó la vista y lo vio. Se puso nerviosa. Ahora que empezaba a relajarse después de los exámenes...

Estaba tan maravillosamente guapo...

Fue hacia él con una sonrisa resplandeciente y él la abrazó, y ella se dejó. Y eso ya dijo algo de qué había entre ellos.

La besó largamente.

-¿Qué tal mi niña?

-Yo creo que bien, peor estoy tan cansada que em quedo dormida.

-Vamos a comer algo, y luego te acompaño y te echas una buena siesta.

-¿Contigo?

-Bueno, yo me dejo.

-¡Qué bobo!. He pensado en ti.

-Menos mal mujer, vas a matarme. He estado dos meses pensando en ti cada segundo.

-Quería hacer esto y quiero sacar una plaza, decía ella quejándose.

-Sé optimista, si no este año, ya habrá otras oposiciones si no al Ayuntamiento, a la Junta.

-Pero quiero esta, está cerca de casa relativamente, puedo coger el tranvía, de ida y vuelta.

-Bueno pequeña- le dio la mano y salieron de allí.

Se fueron a Triana y estuvieron tomando tapas y después se fueron a casa.

-¿Dónde vas?, no te vayas- y ella se reía.

-Voy a dejar esto en el despacho cargar el móvil y me doy una ducha.

-A eso puedo acompañarte.

-Ya estás tardando.

Y cuando ella llegó a la ducha, ya estaba desnudo, con el grifo abierto y tieso como un junco.

-Venga que la manguera no aguanta mucho nena. está lista y llena-

Ella se reía.

Pero cuando se desnudó, sintió un poco de pudor.

-Vamos cielo. Ay qué mujer, y le tiró de la mano-

-Que me matas chiquillo...

-Eso pienso hacer toda la tarde.

-La abrazó y ella lo tocó. Y lo movió con sus manos pequeñas de viento.

-Buff pequeña, vas a matarme sin que te toque.

Y él la tocó también hasta que le provocó un orgasmo tremendo. Ella gemía bajo la lluvia y la subió sin darle tregua a sus caderas y entró en ella sin previos aviso, sin darle tiempo a sus pulmones, sin descanso, mordiendo sus pezones grandes y rosados, lamiendo sus pechos y ella se aferraba a su cuello.

Y la embestía una y otra vez contra la pared de la ducha hasta que juntos alcanzaron un orgasmo que los dejó temblando.

-¡Joder Olga!- le dijo en su boca.

-¡Ay, madre mía, Mateo!

-¡Qué ganas tenía de ver cómo te corres! ¡Está preciosa! Y también de correrme y penetrarte como un bruto.

La bajó y la besó.

-Ya digo que está un poco loco.

-Ven que te lave y te enjuague.

Y entre juegos y risas, acabaron la ducha que se alargó más de lo necesario.

De ahí secos, pasaron a la cama. Él echó la ropa para atrás y se la subió encima.

-¿Qué?

-¿No descansas?

-Después, he tenido reten y tengo que...

Y ella fue a su miembro.

-¡Ay pequeña, aggg!, ¡joder Olga!, despacio, nena, ohhh sí, así me gusta. Aggg ... hasta que ella lo chupó, mordisqueó, y lo metió en su boca e hizo que saltara por los aires.

-Ahora me dejas dormir. Descansa la manguera.

Y él se reía.

-Es verdad, vamos a dormir un poco. Me das un poco de pena.- Y ella se reía.

-¿Mañana tienes trabajo?

-Sí, por la mañana como hoy. Esta semana así. Pero me tienes para comer.

¡Qué cara!

-Haz cosas buenas. Yo traigo dulcecitos para el café . no vamos a salir de la cama hasta que pase el fin de semana.

-¡Qué exagerado eres! Y cuando se estaba quedando dormida, dijo:

-Me encantas Mateo...

Y él la beso en el cuello, sonrió y se abrazó a ella.

Esa noche se fue después de cenar y charlar un rato.

Pero el siguiente apareció con un bolso de ropa para quedarse con ella.

Y se quedó. El fin de semana fueron a su casa. La chica que tenía le había dejado limpia toda la casa, hecha una compra y recogido del tinte los uniformes.

...

Y así, empezaron una vida que a ella le pareció maravillosa. Cada uno tenía su casa y su independencia, al menos por ahora y pasaban la mayor parte del tiempo en un piso o en otro.

Era divertido, romántico, más sexual que su manguera y a veces, ella se preocupaba por su trabajo. Era un hombre diez para ella, seguro, la escuchaba con paciencia. La abrazaba todo el tiempo. Ella le decía que era una lapa y él que estaba celoso porque era muy joven y él diez años más. Cuando era un hombre espectacular.

La cuidaba.

La protegía.

Y un mes después, ella no había buscado trabajo en espera de los resultados de las oposiciones. Si no sacaba una de las cinco plazas, entonces buscaría.

Pero esa mañana, fue sola porque Mateo trabajaba y vio su nombre la tercera de la lista. Y no paraba de llorar.

Los cinco se fueron a celebrarlo. Dos chicos y tres chicas. Y salvo una mujer de unos cuarenta años, el resto eran más o menos de su edad.

Y allí entre tapas y cervecitas por el centro. Estuvieron leyendo los trabajos que les correspondían.

A ella se le asignó estudiar y conceder las plazas para residencias públicas de mayores de la capital, por distritos. Además debía ir a ver a los

solicitantes a sus casas. Ver cómo estaban, la edad, los certificados de los médicos...

Le gustaba su trabajo y se incorporaban en una semana.

-Nos darán un despacho a cada uno.

-O quizá sea un despacho amplio para más trabajadores.

-Bueno. Decía otro- lo importante es que nos han dado la plaza. Y es un sueldazo mayor que el de la Junta y para toda la vida.

-Cuando se fue a casa, se llevo comida para Mateo, porque ella había comido tapas por los dos. Y estaba deseando de que llegara y decírselo. No tenía a nadie más con quién compartir esa alegría y todo su esfuerzo y trabajo.

Y cuando llegó Mateo, casi lo tira al suelo.

-Luego dices que estoy loco yo. ¿Eso es un sí?

-Es un sí, la tercera he quedado. Empiezo la semana que viene de ocho a tres. Como lo hacía cuando hice las suplencias.

-¿Y qué vas a hacer?

-Pues conceder las plazas de las residencias a las personas mayores, por distritos y residencias. Tengo que ir a sus casas. Me encanta mi trabajo.

-Me alegro nena. Ya somos dos funcionarios de Ayuntamiento- y no la soltaba.

-Sí.

-Me doy una ducha rápida y comemos.

-Ummm. He comido con los que han conseguido plaza. Pero he comprado algo. Me tomó el café contigo.

Celebraron como sabían ellos celebrar los eventos. En la cama.

...

Una tarde en que él tenía guardia, llamaron a la puerta. Miró por la mirilla.

Fernando.

Y se puso nerviosa.

Abrió la puerta.

-¡Hola Fernando!, ¿qué tal estás?

Hubo un silencio largo.

-¿No me invitas a pasar?

-Pasa, sí, ¿quieres un café?

-Pues sí, no he tomado.

Y ella puso dos con unos dulcecitos.

-¿Qué quieres Fernando?

-Directa y sincera como siempre. Solo ver cómo estabas.

-Ha pasado más de un año. Estoy muy bien. Aprobé las oposiciones al Ayuntamiento y estoy trabajando desde hace casi un mes.

-¿Te gusta?

-Sí, es diferente a las suplencias pero sí, me gusta. Concedo las plazas a las residencias de Sevilla capital, solo. Hay más usuarios que plazas, pero las concedo por preferencia y orden. No me caso con nadie.

-Una chica dura.

-Ya no soy una chica, tengo casi veintiocho años. Bueno, ¿y Ana y la pequeña?, ¿te va bien?

-Quiero a mi hija.- deberías ser feliz o hacer lo posible por serlo. Ana es una buena chica, aunque te dejara. Deber perdonarla. Tú no sabes cómo hubieras actuado en un caso así.

-Soy bombero. Sé como hubiera actuado. No la hubiera dejado y menos acostarme con otro a los dos meses.

Y ella lo miró...

-Bueno Fernando conmigo lo hiciste.

-No teníamos nada.

-Sí tú lo dices y eso le viene bien a tu conciencia, no tengo nada que decir.

-Veo a Mateo muy contento.

-Será por está contento conmigo. Yo también lo estoy con él. Si quieres saber si salimos juntos, sí, llevamos tres meses saliendo. Antes no lo dejé. Pero fue insistente.

-¿Lo quieres?

-Lo quiero sí, Fernando y no lo siento. Para mí ha sido un gran apoyo y un hombre muy especial. Es una buena persona y me da lo que necesito.

-¿En la cama también es bueno?

-No voy a contestar a esa grosería.

-Lo siento, no quería molestarte.

-Sí, querías hacerlo. Y no entiendo como siendo tu mejor amigo no le hablas porque sale conmigo.

-¿Te lo ha chivado?

-No. No me habla de ti, pero lo sé. Y sé que no quieres por mí. Y te digo que es una bobada infantil y una pataleta tuya.

-No quería que saliera contigo. No debió.

-¿Por qué? Tú habías decidido tu vida. Tenía derecho a luchar por mí. Mira, yo solo te deseo que seas feliz a pasar de todo Fernando.

-No puedo. No puedo olvidarte.

-Pero te acuestas con ella.

-Siempre pienso que eres tú.

-Fernando... eso no es bueno para ti. Nuestro tiempo pasó y yo la verdad, te recuerdo con cariño, no te guardo rencor, pero quiero a Mateo.

-Es mayor que tú.

-A mi la edad no me importa y está en plena forma. ¿Quieres algo más?. Tengo que mirar unos expedientes y tampoco quiero recibirte si no está él.

-Olga...

-¿No me quieres de verdad?

-No, Fernando. Ya no.

-Seré infeliz por tu culpa.

-¿En serio y por qué?, esperabas que fuera tu amante y te fueras después a tu casa con tu pareja y tu hija. ¿Por quién me tomas? Y no me importa si eres o no feliz. Eso es problema tuyo.

-¡Maldita seas, por salir con él!

-¡Que te jodan Fernando! Sal de mi casa ahora mismo.

-¿Y si no quiero?

-Si no quieres tendré que llamar a la policía. Y fue rápida hacia la puerta abrió y él salió.

Y tuvo miedo.

Un miedo tremendo.

Un miedo irracional.

El corazón le palpitaba-

Le galopaba en el pecho.

-¿Quién era ese hombre desconocido?

-Esa mirada que no daba a nada bueno.

Y empezó a temblar.

En ese momento entró Mateo por la puerta. Y la vio temblando en el sofá.

-¿Que te pasa cielo?

Los dientes le rechinaban porque volvió al pasado, a su padre.

Y Mateo la abrazó..

-Cuéntame qué ha pasado. ¿Es el trabajo?

-No.

-¿Entonces?

-Fernando.

-Hijo de puta. ¿Qué te ha hecho?- lo voy a matar...

CAPÍTULO IX

-No pasa nada, ha venido a ver si estamos saliendo, pero al final lo he echado y me ha dicho:

-¿Y si no quiero? Entonces me ha dado un poco de miedo. Nunca lo había visto así y me he puesto nerviosa. No es nada.

-¿Cómo que no es nada? No vuelvas a abrirle la puerta. Miras bien y me llamas si es él.

-¡Está bien!

Al rato se había calmado. Tampoco quería que aquello supusiera que Mateo y él se enfrentara en el trabajo.

...

Pero se enfrentaron, no en el trabajo, pero sí al salir al día siguiente.

-Fernando...- lo llamó Mateo.

-¿Qué quieres?

-Lo sabes bien, ayer asustaste a Olga. No vuelvas a ir por su casa.

-¿Es tuya la casa?

-Como si lo fuera. Y Olga también es mía. Si te digo que no vayas, no vas a ir. A no ser que quieras que vaya a al tuya cuando no estés. A ver qué te parece.

-Te dije que no salieras con ella.

-No recibo órdenes salvo del que nos manda. ¿Qué quieres, mujer y amante? Debiste pensarlo antes de hacer lo que hiciste.

-Vete al carajo Mateo.

-Advertido quedas.

Y Fernando se fue murmurando cabreado.

Pero ya no volvió a verlo Olga, ni pasó por su casa.

Y ella poco a poco fue recuperando la normalidad.

...

Meses después, ya cercana a la Nueva Navidad. La central de bomberos, preparaba la cena de Empresas. Era la primera vez que Olga acudía con Mateo. Porque las parejas estaban invitadas y se hacía en un restaurante bonito, de noche.

Mateo llegó con Olga, que iba preciosa y él se lo dijo.

Olga ya no era una chica insegura que estudiaba oposiciones y trataba de salir adelante. Ahora era una trabajadora social del Ayuntamiento de Sevilla, con plaza y responsabilidades, piso y coche y un hombre para ella que la mimaba, la cuidaba y la quería.

Se sentía protegida, peor también independiente, sin miedos. Segura de sí misma.

Había construido una vida con esfuerzo.

Y sobre todo era feliz por sí misma.

Y con Mateo.

Cuando entraron al salón, se hizo un pequeño silencio entre algunos compañeros , porque algunos recordaban la historia de Fernando y ella.

Y Fernando estaba allí, con Ana.

Serio.

Muy serio.

Consciente de que la había perdido para siempre.

De lo que había perdido.

Era la primera vez que los cuatro coincidían tras la visita de Fernando a casa de Olga.

Fernando observaba a Olga de lejos. Peor ya no sentía rabia ni celos como antes. Solo una extraña nostalgia, porque ahora podía verla como realmente era: una mujer fuerte que siguió adelante sin él.

Durante la cena, los compañeros hablaban, reían, y recordaban servicios complicados y anécdotas.

En un momento Fernando salió a la terraza del restaurante para tomar el aire. El frío de diciembre le golpeo suavemente en la cara.

Mateo apareció detrás.

Ninguno habló durante un minuto.

-Hace frío- dijo Fernando.

-Es diciembre, sería raro que no lo hiciese.

Por primera vez en mucho tiempo ambos sonríen.

Fernando bajó la vista.

-Te debo una disculpa.

Mateo lo miró, pero no respondió.

-Fuiste mi mejor amigo. Estuviste ahí cuando te necesitaba. Y te culpé de cosas que eran responsabilidad mía.

-Sí..

-Y también intenté controlar la vida de Olga cuando ya no tenía ningún derecho.

Mateó asintió lentamente.

-También.

Fernando suspiró.

-Supongo que tardé demasiado en entenderlo.

- Lo importante es que lo entendiste.

No se abrazaron. No hacía falta. Pero algo se rompió entre ellos. O quizá algo se arreglaba.

Cuando volvieron al salón, Fernando se acercó a Olga.

Ana lo observó seria desde lejos, pero tranquila. Ella también había aprendido muchas cosas durante ese tiempo.

-Hola, Olga.

-Hola, Fernando.

-Solo quería decirte que me perdonaras y que me alegro por ti.

Olga lo miró sorprendida.

-Gracias.

-Y pedirte perdón, sin excusas esta vez.

Olga tardó unos minutos en responder.

-Te perdoné hace mucho Fernando.

-Lo sé. El que faltaba por hacerlo, era yo.

Ella sonrió con sinceridad.

Ya no quedaba dolor.

Ya no quedaba nada pendiente del pasado con él.

Al final de la noche, Mateo y ella paseaban hacía su casa, cogidos de la mano. Sevilla estaba preciosa iluminada con las luces navideñas...

-¿En qué piensas?- pregunto él.

Olga miraba las calles llenas de gente.

-En que después de tanto tiempo, todo está exactamente donde tiene que estar.

Mateo la besó en los labios.

Y Olga comprendió que a pesar de todo lo amaba inmensamente comprendiendo que algunas historias deber terminar para que verdaderamente otras, mucho mejores, empezaran.

Y la suya con Mateo, era una historia tan preciosa que no quería que terminara nunca.

-Te amo Mateo.

-Lo sé, yo también te amo, así que date prisa.

-¡Dios mío qué loco estás!- sonrió ella.

Tengo la manguera que me va a explotar pequeña.

-Siempre la tienes igual.

-Es que me pone mucho tu fuego, me enciendo y ya sabes...

Cuando llegaron, él empezó a quitarse la ropa rápido, a tocarla y a quitarle la suya.

Y Olga se reía. Era tan... sin palabras. Parecía un adolescente y ya iba a cumplir treinta y ocho años.

Entró en ella antes de llegar a la cama, subida a sus caderas, chupaba sus pezones y apretaba su trasero contra su miembro y cayeron en la cama gimiendo y hablando. Y la penetraba una y otra vez, incansable.

Loco.

Sexual.

Sin paradas.

Danzando en sus olas.

Sin llamar a la puerta.

Caliente como polvo.

Aullando como un lobo.

Una vez que se desató la tormenta, vino la calma.

-Ay nena...

-Ay nene...

Y se reían.

Menos mal que hago ejercicio, si no, no te aguantaba.

Permanecieron abrazados en silencio y él abrió la cama cuando empezaron a sentir algo de frío

-¿Quieres casarte Olga?

-¿Y esa pregunta? ¿No lo pides como todo el mundo con un anillo?

-No soy como todo el mundo. Y soy mayor que tú.

Y dale con la tontería.

-Contesta anda.

-No es imprescindible entre nosotros.

-¿Y un bebé? Me gustaría tener un bomberito o una trabajadora social diminuta.

-¿Quieres un niño?

Tengo una edad y sí, aunque solo fuera uno, me gustaría.

-No quiero- dijo ella.

-¿Por qué? ¿Por lo que pasaste en tu infancia?

-No, no quiero uno solo.

-¿Quieres más de uno?

-Dos. Ser hija única es triste. Si hubiese tenido un hermano o una hermana...

-Pues que sean dos. ¿Entonces boda nada?

-No sé Mateo. Me da miedo.

-Bueno yo tengo el anillo.

Y fue a la chaqueta y sacó una cajita.

-Ah dios, qué bonito...

-Al menos es una señal, te gusta.

-Me encanta. Pónmela.

-Sabía que un anillo no lo resistirías.

-Venga vamos a vivir juntos si nos va bien, preparamos una boda y tenemos un bebé.

-No vamos a vender los pisos.

-No vamos a venderlos. Alquilamos el tuyo o el mío.

-El tuyo mejor. Es mío es coqueto. Y me encanta Mateo. Está reformado.

-En principio sí, si tenemos dos, tendremos que alquilar este tuyo, porque el mío tiene un dormitorio más.

-Vale, lo reformamos y nos cambiamos.

-Bien, mañana tengo aquí todas mis cosas.

-Pero si ya vives aquí, loco.

-Es verdad, pero tengo que traerme algunas cosas. Y dejarlo para alquilar. Que la chica haga una limpieza y me ayude a recoger. Nos la traemos Olga. Que haga la casa y la comida y tendremos más tiempo para nosotros.

-Mateo...

-Dime preciosa.

-La boda por la Iglesia. Pero tus amigos y yo no tengo a nadie.

-Mi familia es tuya, te quieren. Seremos setenta. Además tienes algunos compañeros de trabajo.

-Sí, los invitaré.

Vivir juntos, no supuso un gran cambio porque pasaban tardes y noches juntos. Acomodaron la ropa de él en una de las habitaciones y el despacho para los dos.

En junio se casaron.

Una boda sencilla.

Preciosa.

Íntima. O no tanto.

Pero no faltó nada.

Él había alquilado el piso.

Y justo nueve meses después nació el pequeño Mateo.

Como su abuelo.

Como su padre.

Como él.

-Una saga- Se reía él con su pequeño en brazos igual que él.

-Nueve meses nena.

-Tu manguera sabe- y el se reía.

Y dos años después estaban reformando el piso de Mateo porque ella estaba embarazada y alquilaron el suyo. Pero el de Mateo lo dejó precioso. Como le gustaba.

Y nació dos años y medio después Lisa, por su madre que no conoció y dio su vida por ella.

Mateo era un buen padre, el mejor marido.

En ese tiempo y aunque no estaban casados, Fernando y Ana se separaron. Ella no consiguió que Fernando la amase y debió hartarse de la situación. Y se fue de su casa con su hija.

Mateo se lo contó y que le pasaba la pensión a la hija y se la llevaba los fines de semana. Y como la vida daba muchas vueltas. Volvió con Óscar.

-En serio Mateo, ¿después de tantos años?

-Para que veas. Lo dejó pensando que Fernando la quería como antes, pero ella lo dejó y ese hueco nunca de llenó. Óscar salió con otra chica y ahora están juntos. Van a casarse. Y óscar quiere tener un hijo al menos.

-Me alegro por ella.

Mateo ahora está en el mercado.

-Olga se reía...

-¡Qué forma de decirlo, mi amor!

Tengo celos, peor si algo me pasara...

-No Mateo, no. Ni lo digas. Sé por dónde vas.

-¡Está bien!, no lo diré.

-Mejor porque tienes dos hijos pequeños.

-Ven aquí, enfadada.

-Pues no me enfades. Te quiero por encima de todo. Eres el amor de mi vida y no pienso perderte por nada del mundo.

-Mi pequeña... qué feliz soy contigo. Tengo una mujer joven, guapa, buen madre, sexual. Trabajadora, ¡Qué más se le puede pedir a la vida!

-Fidelidad.

-Cariño, nunca se te será infiel. De hecho desde que te conozco no me he acostado con nadie. Ni lo necesito, te amo. Mujer.

...

-Mateo...- le dijo unos años más tarde.

-Dime preciosa.

-Quiero ir al Almería este año, si no de vacaciones un par de días. Ya los pequeños tienen cinco y tres años. Y quiero ver la tumba de mi madre, quizá ponga una lápida nueva

-¿Y a tu padre?

-También. O he perdonado. No quiero guardar rencores que me hagan daño. Dejar atrás el pasado.

-Sabes que me alegro mucho y si es lo que quieres, iremos. En julio tengo vacaciones.

-Pues también las pediré en Julio.

...

Iban a pasar unos días en Cabo de Gata. En un hotel frente a la playa. E irían al cementerio.

Ese día ella se llevó una cuba, flores y unos jarroncitos pequeños para meterlos, ya que estaban en un nicho alto. No tuvo que cambiar las lápidas, solo las dejó relucientes mientras Mateo se encargaba de los chicos y cuando solo quedaban a los jarroncitos, él se subió a la escalera y las colocó.

La dejó sola observando las tumbas de sus padres. Rezó y lloró. Y cuando acabó sabía que tardaría algunos años en volver.

CAPÍTULO X

20 años después. El futuro...

Veinte años después, el segundero del Ayuntamiento de Sevilla avanzaba con un tic-tac silencioso.

Olga, se ajustó los puños de la bata blanca, el uniforme que había llevado años, mirándose en el espejo del despacho o más bien la sala que compartía con otros dos trabajadores sociales.

Había cumplido cincuenta y ocho años y le quedaban dos para jubilarse. Aunque ganara menos con treinta años de trabajo podía hacerlo. Mateo llevaba ya jubilado tres años, el si se jubiló a los sesenta y cinco, aunque llevaba años trabajando en la oficina y no salía ya de retén. Fernando, compañero, dejó de ser amigo íntimo hacía más años. Desde que le había pedido perdón a Carmen. Se habían hablado con respeto, nada más con distancia de por medio.

También se había jubilado cinco meses atrás.

Veinte años habían pasado volando para Olga.

Veinte años desde que regresó a Almería por primera vez con el alma en paz tras perdonar a su padre en aquél nicho solitario cerca del de su madre. Había vuelto cada dos o tres años. A veces sola, a veces con Mateo.

Ahora el espejo del devolvía una imagen de una mujer madura, con el cabello pintado de rubio para esconder las canas, y una cuenta atrás grabada en el pecho.: exactamente setecientos treinta días. Dos años. Eso era lo único que le quedaba para colgar la bata blanca definitivamente, jubilarse y disfrutar con Mateo.

En casa, Olga miro una foto de sus hijos: Mateo de veinticinco años, en el patio del parque de bomberos, cargando una pesada manguera sobre los hombros, con la misma soltura y el mismo orgullo con el que su padre lo hacía décadas atrás. A unos metros, Lisa, su hija menor, de veintitrés, revisaba los niveles de presión del camión con una concentración feroz.

Miró la foto embaucada y orgullosa. Eran sus hijos, su mayor logro, pero también su constante fuente de insomnio. Ya estaba acostumbrada desde

que conoció a Mateo. Ahora tenía a dos hijos jugándose la vida entre llamas y era un precio muy alto para el corazón de una madre. Ninguno quiso hacer algo diferente. Y Mateo, les daba lecciones de todo.

-Están listos Olga, deja de mirarlos como si tuvieran cinco años- dijo una voz grave a sus espaldas abrazándola por la cintura y besándole el cuello, porque sabía que sufría por todos.

Olga dejó la foto en el mueble, se giró y sonrió al ver a Mateo, su marido. Vestía de pisa y a veces se negaba a abandonar el parque e iba a echar un vistazo. De allí venía. Con unos vaqueros, camiseta negra y una cazadora de cuero negro.

-No puedo evitarlo, Mateo, contigo tampoco pude- suspiró Olga apoyando la cabeza en su hombro- Míralos. A veces veo en ellos el mismo fuego que nos unió a nosotros. Pero me da miedo que este trabajo les exija demasiados sacrificios. Como a todos.

Mateo padre apretó los labios por un segundo, una sombra cruzó su mirada. Olga sabía perfectamente en quién estaba pensando. Pensaba en Fernando.

Hacía más de veinte años que el nombre de Fernando no se pronunciaba en esa casa, desde que le pidió perdón en esa cena de empresa.

Fernando, que era tres años menos que Mateo, también se había jubilado.

El pasado, era un territorio sepultado bajo toneladas de ceniza fría. O eso creían ellos.

-Ellos son más fuertes de lo que fuimos nosotros, Olga- sentenció Mateo padre rompiendo el silencio.- Hemos construido una familia sólida. No hay nada ni nadie que pueda tambalear lo que tenemos.

Justo en ese momento, la sirena de emergencias del parque de bomberos, rasgó el aire con su sonido ensordecedor.

Se asomaron a la ventana. Las luces rojas parpadeaban. El romanticismo de la tarde se evaporó en un milisegundo. Imaginaban a sus hijos reaccionar por puro instinto. Mateo que corría hacia el camión principal, mientras Lisa saltaba al asiento del copiloto de la unidad de rescate..

Sin embargo lo que ni Mateo, ni Olga alcanzaban a ver desde el despacho, mientras los camiones salían quemando rueda hacía la avenida, fue el mensaje que acababa de entrar al teléfono móvil de su hijo Mateo en la taquilla del vestuario.

Una pantalla iluminada con un nombre que estaba a punto de cambiar el destino de las dos familias para siempre.

“Ya estoy en marcha hacía el aviso de la fábrica del polígono. Entramos juntos en la primera línea de fuego. Ten cuidado, Mateo.

Te quiero.

Carmen.”

...

El humo negro y espeso devoraba el cielo sobre el polígono industrial. La sirena del camión de bomberos, aún resonaba en los oídos de Mateo cuando saltó al asfalto caliente. El aire quemaba los pulmones y el caos dominaba la escena; alarmas de evacuación, cristales estallando por el calor y el rugido ensordecedor que se alimentaba de palets de madera y plástico.

-¡Mateo, coge la línea de ataque! ¿vamos a cortar el avance por el flanco izquierdo!- ordeno el cabo por la radio.

Mateo hijo, se ajustó la máscara del equipo de respiración autónoma, sintiendo el golpe de adrenalina en el pecho. Cogió la manguera con fuerza, clavando las botas en el suelo para resistir la brutal presión del agua.

El calor era un muro invisible que intentaba hacerlo retroceder.

Fue entonces, cuando otra silueta, enfundada en el mismo traje de protección oscuro y con el número de dotación en el casco, se colocó justo detrás de él, apoyando su mano firme en el hombro para hacer contrapeso y estabilizar la línea.

A través de la visera ahumada, Mateo reconoció esos ojos decididos. Era Carmen.

Carmen, de veintiocho años, tres más que él, y se movía entre las llamas con una sangre fría que despertaba la admiración de todo el parque.

Mientras avanzaban paso a paso contra el fuego, coordinados como si fueran un solo cuerpo, la complicidad entre ellos se hacía evidente.

No necesitaban palabras; un sutil movimiento de hombros o una presión en el brazo bastaban para saber hacia dónde moverse. El peligro extremo, en lugar de asustarlos, parecía unirlos más.

Una hora más tarde, con el incendio finalmente controlado y reducido a densa humareda gris, la dotación regresó al camión para recuperar el aliento. Sentados en la estribera del vehículo, con las caras manchadas de hollín y el sudor empapando sus frentes, Mateo y Carmen se quitaron las máscaras.

-Buen trabajo ahí dentro, recluta- dijo Carmen con una sonrisa de lado, dándole un golpe cariñoso en el hombro- te has mantenido firme.

-Tenía una buena retaguardia guardándome las espaldas- respondió Mateo, mirándola con una intensidad que nada tenía que ver con el compañerismo laboral.

Aprovechando que los demás compañeros recogían el material al otro lado del camión, Mateo le tomó la mano., oculta aún por el grueso guante de bombero.

Carmen lo miró y su sonrisa se volvió más tierna, pero también más seria.

-Mateo, no podemos seguir así- susurró ella, mirando de reojo hacia donde estaba Lisa limpiando unas herramientas- escondernos en las guardias, fingir que solo somos compañeros...- Me muero por abrazarte cuando salimos de un aviso como este. Llevamos meses con este secreto.

-Lo sé-asintió Mateo hijo, apretándole los dedos- Mi hermana Lisa ya sospecha algo, la conozco- Y mis padre... bueno mi padre está jubilado, pero sigue viniendo al parque de bomberos- se reía Mateo. Pero tienes razón. Estoy harto de esconderme. Quiero presentarte formalmente en casa.

Carmen, suspiró, sintiendo un extraño presentimiento que no lograba sacudirse de encima.

-¿Estás seguro? Sabes que mi padre Fernando, también es perro viejo en esto y siempre me dice que las familias de los bomberos arrastran

demasiados fantasmas. A veces tengo la sensación de que hay algo en el pasado de nuestros padres que no nos han contado.

-Da igual el pasado, Carmen. Lo que importa somos tú y yo- declaró Mateo con absoluta firmeza.- este viernes tengo cena familiar en casa. Mis padres estarán allí. Quiero que vengas conmigo como mi novia. Es hora de dejar las cartas sobre la mesa.

Carmen miro los ojos decididos de Mateo y, a pesar de los temores que le rondaban la cabeza, asintió.

-Está bien. El viernes iremos juntos.

Ninguno de los dos imaginaba que esa cena, en lugar de unir a la pareja, encendería un fuego mucho más destructivo que el que acababan e apagar en el polígono.

...

El viernes por la noche, la casa de Mateo y Olga volvió a llenarse de risas y bromas, platos sobre la mesa y el olor de un asado que llevaba horas preparándose. Hacía tiempo que aquellas cenas familiares. Se habían convertido en una tradición, claro siempre que no tuvieran guardias en la central.

En la cocina, Olga iba de un lado a otro ultimando la cena, mientras lisa, la hija pequeña, colocaba los cubiertos.

-Mamá, relájate, Parece que viene el rey.

-Es la primera vez que tu hermano trae a una chic a cenar. Deja que me ponga nerviosa.

Sonó el timbre.

Mateo abrió la puerta con una sonrisa.

-Pasad.

Carmen apareció tímida con una botella de vino entre las manos.

-Buenas noches.

Olga la recibió con un abrazo inesperado.

-Bienvenida. Esta también es tu casa.

Carmen sonrió agradecida. Había oído hablar muchas veces de Mateo padre y de Olga, peor era la primera vez que los conocía, pues ella entró a la central después de que Mateo padre se jubilara.

La cena comenzó entre bromas, recuerdos del incendio del polígono que había movilizado a media provincia y anécdotas familiares.

Mateo padre, seguía contando historias de cuando era bombero, mientras Carmen escuchaba con atención.

-Así que tu padre también fue bombero.- comentó Mateo padre.

-Sí, hace apenas seis meses se ha jubilado. Hace años tuvo un accidente grave.

Olga sonrió con cariño.

La conversación continuó con naturalidad. Nadie imaginaba que aquella relación pudiera esconder ningún problema o secreto. Para ellos, eran solo dos jóvenes enamorados.

Entonces sonó el teléfono móvil de Mateo padre.

Miró la pantalla.

Era un antiguo compañero del parque de bomberos...

Se levantó y se retiró para contestar.

-Dime...

Al otro lado apenas tardaron unos segundos en hablar.

La expresión de Mateo, cambió por completo.

-¿Qué...? ¿Estás seguro?

Cuando colgó, volvió al comedor completamente serio.

Olga lo miró preocupada.

-¿Qué pasa?

- Han detenido a un hombre por el incendio del polígono... pero dice que no actúo solo.

El silencio fue absoluto.

-Según está declarando, alguien le pagó para provocar un pequeño incendio... pero el plan salió mal y terminó convirtiéndose en un infierno.

Nadie dijo una palabra.

Mateo hijo miró a Carmen y le apretó la mano por debajo de la mesa.

Lo que debía haber sido una noche para celebrar su relación, acababa de convertirse en el inicio de una historia más peligrosa. Y ninguno de ellos imaginaba dónde llegaría aquella investigación.

Durante unos segundos, nadie tocó la comida.

Olga fue la primera en romper el silencio.

-¿Han dicho quién es?

Mateo negó despacio con la cabeza.

-No. Solo que la investigación ha dado un giro inesperado. El detenido asegura que él únicamente debía provocar un pequeño incendio para cobrar un seguro. Nunca imaginó que aquello acabaría explotando.

-¿Y dice quién lo contrató?- preguntó Carmen.

-Eso es lo que intentan averiguar.

Mateo hijo miró a su padre.

-¿Quién te ha llamado?

-Julián, sigue en el parque. Dice que la policía ha pedido discreción porque hay más personas implicadas.

Olga suspiró.

-Pobres familias... Hay gente que aún está ingresada.

El ambiente se había enfriado por completo.

Carmen intentó cambiar de tema.

-Bueno que estoy aquí, quería daos las gracias por recibirme.

Olga se sentó de nuevo.

-No tienes que darlas. Si mi hijo te ha traído es porque te quiere y eso para nosotros suficiente.

La joven bajo la mirada algo emocionada.

-La verdad es que venía algo nerviosa.

-¿Por qué?- preguntó la hija pequeña de Olga, Lisa.

-Porque nunca se sabe cómo te va a recibir la familia de tu pareja.

Mateo padre soltó una carcajada.

-Pues ya lo has visto. Aquí hacemos muchas preguntas, pero enseguida tratamos a la gente como de casa.

Las risas siguieron y consiguieron aliviar un poco la tensión.

Cuando acabaron de cenar, pasaron al Sali a tomar café.

Mateo hijo y Carmen, quedaron solos unos minutos en la terraza.

¿Estás bien?- preguntó él.

Ella asintió.

-Sí... tus padres son maravillosos.

-También les has gustado mucho.

Carmen, apoyó la cabeza en su hombro.

-Solo falta que mi padre te conozca.

Mateo sonrió.

-¿Crees que le caeré bien?

Ella rio.

-Eso espero... aunque primero tendré que contarle que tengo novio.

Los dos se quedaron mirando las luces de la ciudad. Sin saber que, en ese mismo instante, el teléfono de Carmen vibraba dentro de su bolso.

Era el número de su padre.

Cuando lo vio unos minutos después, abrió el mensaje.

Solo tenía una frase.

“¿Donde estás hija?”

-Estoy en casa de un amigo papá. Con el que salgo. Ya quedamos y te lo presento.

-Vale. Deber ser serio si has ido a su casa con su familia.

-Lo es. Te quiero papá. Ya te llamo.

-Bien hija, cuídate.

Volvieron al salón tomarse el café. Y entonces Mateo padre, mientras lo tomaban, le reafirmó.

Entonces tu padre era bombero y lo dejó hace unos meses. Debo conocerlo entonces.

-Seguro, sí, se jubiló hace seis. Se llama Fernando Casado.

Y Olga tosió y casi se le cae el café en la mesa. Lisa su hija que estaba a su lado le dio unos golpecitos en la espalda y Mateo padre se quedó sin decir nada , por una vez.

-¿Lo conoce?

-Lo conocemos, sí, Olga y yo lo conocemos. Lo que no sabemos es si él quiere a mi hijo para ti. Tú eres más joven tres años que él.

-¿Lo saben...?

-Ahora que sabemos el nombre de tu padre, sí.

-Siempre tuve que sensación y se lo dije a Mateo que algo había habido entre ustedes y mis padres- dijo Carmen.

Y lo hubo- dijo Mateo padre.

-Por favor quiero saberlo.

-Casi es preferible que te lo cuente tu padre, Carmen, por nuestra parte, seas de quien seas hija, nos gustas para Mateo. Eres encantadora y no nos importa la edad. Fíjate su padre me lleva diez años y ni se nota- y Mateo la miró con adoración y complicidad.

-Papá lo que sea, queremos saberlo tenemos derecho. Ya oiremos la versión de su padre.

-Está bien, si lo queréis así...

Carmen prestaba atención infinita, al igual que Mateo y Lisa.

-Tu padre tuvo hace muchos años, antes de que nacieras una caída por unas escaleras de un edificio, en una salida de un incendio, tenía 30 años, yo 33. Éramos los mejores amigos del mundo. Pero lo que él sufrió casi lo dejó parapléjico. Se retiró del mundo, de amistades y tus abuelos que en paz descansan ya lo llevaron a Toledo esa residencia que hay y que han mejorado con el tiempo. Allí estuvo dos años, largos, yo llamaba a tus padres porque nunca quería hablar ya te digo, ni conmigo. Llevaba casi dos años saliendo con tu madre y ella lo dejó.

-¿Que dejó a mi padre por un accidente?

-Pensó que era lo mejor para ella y de eso nunca se curó tu padre, más cuando a los tres meses empezó a salir con óscar.

-Si, está casada con Óscar.

-Eso fue después.

Le quedaba un año y lo trajeron de nuevo a Sevilla, pero no quería a nadie y tus abuelo con amenazas consiguieron que Polga, entrara interna en la casa, para hacerle todo, estar al tanto de la casa, comida, ropa, medicación, llevarlo al fisio al gym.

-La casa estaba hecho un desastre- dijo Olga y estuve dos semanas para ponerla limpia.

-Como una patena. Y me contestó al menos y empecé a ir a verlo a diario cuando podía. Me enamoré de Olga la primera vez que la vi- se miraron con amor. Pero a ella le gustaba tu padre, que estaba insoportable. Enfadado con el mundo y ella lo sacó de allí y se enamoro de él.

-¿Mi padre y usted?

-Siempre estuvo enamorado de ella. Y yo también.

-Qué dice, ¿en serio?

Y tan en serio. Salieron hasta cuando justo terminaba su trabajo y él se incorporaba de nuevo, un año más tarde a la central. Tres años de su vida curándose.

Pero Olga se compró un piso con dinero que tenía de su padre y un coche. El piso en el que vives Mateo.

-Sí está cerca del de mi padre.

Y como no pusieron nombre a la su relación, ella se quedó sola. Yo le di una buena bronca. Al final salieron dos meses felices, se querían, hasta que tu madre fue a su casa una noche a pedirle perdón, cuando rompió con Óscar y pensó que todo iba a ser igual, y esa noche, en el perdón y la despedida, te concibieron. Pero Olga llegó a la mañana siguiente y vio a tu madre.

Él le suplicó que no había pasado nada, y ella, tu madre, y yo no quise meterme ni mentir. Sufría por Olga.

Pero las verdades salen a la luz y se quedó embarazada de ti. Y entonces fue Olga la que no quiso saber nada de nadie. Tu padre vivió con tu madre por ti, pero nunca pudo amarla de nuevo. Y se separaron años después. No quiso mi amistad porque yo insistí con Olga hasta enamorarla. Un año me costó, hasta que aprobó esas benditas oposiciones. Y aquí estamos. Olga lo perdonó, peor ya nada fue igual. Yo pensé que podíamos volver a ser amigos, pero me equivoqué.

A nuestra familia eres bienvenida Carmen, a mi no me importa- dijo Olga- a Mateo tampoco. Tu padre va a ser un hueso duro de roer.

-Dios mío señora Olga, ¡qué historia!

-No me digas señora, para ti soy Olga. Y para ti escucha a tu corazón, a nadie más.

-Mama, dijo Mateo...

-Hijo no sabíamos con quien salías. Ni siquiera si salías con alguien, pero jamás nos meteremos en tu vida privada, salvo si te hacen daño.

-Así es- dijo Mateo- si no eres tan feliz como lo hemos sido tu madre y yo a pesar de todo. No necesitas un amor.

-Lo amo, no lo duden.

-Creo que eres la hija que mi hijo merece Carmen. Espero que mi hijo sea igual para tu padre.

-Hablaemos con él.

-Muy bien, ahora a probar esta tarta.

CAPÍTULO XI

-Qué historia no, ¿Carmen? Mi madre nunca nos contó nada de que hubiese salido con el mejor amigo de mi padre, además era el tuyo.

-Bueno, si hacía tiempo que no se llevaban bien ya, años más bien. Lo que me preocupa es cómo se lo va a tomar tu madre y tu madre también.

-Ella no creo que diga nada. Mi madre no se meten en esas cosas. Mi padre es distinto y si estuvo enamorado de tu madre...

-Le puso los cuernos y le mintió.

-Eso es verdad. Espero que tú nunca me los pongas.

-No pienso en eso, me encantas.

-Eres más joven que yo.

-Mi padre le lleva diez a mi madre y mi madre no ha tenido a otro desde que estuvo con él, ni él tampoco. Está tan enamorado de ella... ¡Ojalá tengamos un amor como el de ellos!

...

Una semana después Carmen le presentó Mateo a su madre y a Óscar y como ella dijo, no le importaba quién fuese si la quería y ella a él. Pero ya su madre la puso en alerta con su padre.

-Hija, no sé si le va a gustar a tu padre por muchos años que hayan pasado. Aún no ha perdonado a Mateo.

-Pero si han pasado años mamá.

-Es que tu padre es muy especial. Pero debes decírselo antes de que se entere por otra persona. Prométeme que serás feliz. Él tuvo oportunidades y no lo fue, pero su rencor, o sus manías no deben afectarte. Eres mayor.

-Eres mi hija.

Una buena profesional y una buena chica.

Tienes derecho a elegir a tu pareja.

A ser feliz.

A cometer tus propios errores.

Te quiero, mi niña.

...

Su madre tenía razón, su padre nunca fue feliz ni queriendo. Con ella siempre era diferente. Pero el resto del mundo le molestaba. Y ahora el fin de semana...

No tuvo que decirle quién era cuando les abrió la puerta., porque Mateo hijo, era el calco de su padre cuando era joven, igual de alto, de fuerte. Idéntico a su amigo, peor mucho más joven que cuando lo conoció.

-¿Eres el hijo de Mateo?

-Sí señor, ese es mi padre.

-¿No estarás saliendo con mi hija?

-Papá, sí

-Es más joven que tú.

-Solo tres años, ¿podemos pasar?

-Él no.

-¿Por qué?

-No quiero nada con esa familia.

-Vamos papá, conocemos la historia.

-Pues si la conoces con más razón. ¿Lo sabe tu madre?

-Lo sabe y no se mete. Le gusta Mateo. ¿No vas a hacer un esfuerzo?

-No puedo. Me quitó a la mujer que quería.

-Papá, han pasado años. Y la perdiste tú.

-Como si fuera ayer. Pasa.

-No, no voy a pasar. Nos vamos.

-Carmen...

-Cuando aceptes a Mateo, me llamas.

-No pienso llamarte ni aceptarlo nunca.

-No me llames. No te voy a admitir chantajes por lo que te pasara en el pasado.

-¿Eliges a éste, por tu padre?

-Es mi padre quién no me quiere ver feliz. Lo amo.

-No puedes amar a nadie de esa familia.

-Era tu amigo.

-Hace años que no.

-Nos vamos Mateo, venga.

Y Fernando, cerró la puerta de un portazo y le pegó dentro una patada al sofá.

-¿Por qué?, ¡maldita sea! ¿por qué?... con mi hija. ¡Maldito Mateo...!

Y lo llamó por teléfono.

-Dime Fernando.

-Que tu hijo deje a mi hija en paz.

Y Mateo le colgó. Pareció haber vuelto al pasado como cuando le prohibió salir con Olga. Estúpido egoísta.

-Será cabrón...- dijo Fernando con el teléfono en la mano.

...

Con el tiempo Fernando dejó de llamar a su hija. Carmen a veces lloraba en el hombro de Mateo.

-Vamos niña. Déjalo, no creo que esté bien. Si quieres ir a verlo sola...

-No pienso ir sin ti. Si note quiere, no voy. Tus padres me quieren y me aceptan.

-Bueno él es distinto. Se lo ha tomado muy a pecho todo.

Pasaron los días.

Los meses.

Los años.

Dejó de hablarle a su hija convirtiéndose en el amargado que Olga conoció cuando entró a trabajar para él. Nunca fue feliz con ninguna mujer. Y ni siquiera fue a la boda de su hija. Óscar la llevó al altar.

Murió joven. De un infarto, solo y en su casa.

Había sido todo decisión suya.

Pero Carmen, tuvo dos familias que la adoraban.

Una noche, Mateo y Olga acostados...

-¡Qué pena! ¿verdad Mateo?

-Sí, pobre chica. Ha sufrido y aún sufre.

-Se la pasará es muy joven han pasado dos años desde que vinieron. Mateo es muy joven pero lo veo tan feliz.

-A ti también te veo yo feliz, pequeña.

-Bueno, me jubilo la semana que viene, cuelgo ya la bata blanca.

-Cielo tengo 70 años y tú 60. Ahora se nota.

Y ella tocó su miembro y Mateo dio un respingo y se puso duro como una piedra.

-Yo la noto, la verdad.

-¿Qué notas?

-La manguera aún está en forma. Tu estás en forma. No dejas de ir al gym.

-Ahora vendrás conmigo a todo.

-Tengo ganas.

-¿De qué?

-Bandido...

-De ese cuerpo de bombero.

-Como quiera mi trabajadora social.

Y se subió encima de ella y la penetró de una vez.

-Loco.

-Siempre por ti. Y ahora que estamos solos mejor.

-¡Ay dios nena, no dejes de moverte!

-No dejo, aggg, sigue , sigue... dios mío... qué manguera...
